

ENCUENTRO CON LA PALABRA

**SILVANA LORENA RAMOS YAÑEZ
MARISOL VERDUGO MIRANDA**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

ENCUENTRO CON LA PALABRA

**SILVANA LORENA RAMOS YAÑEZ
MARISOL VERDUGO MIRANDA**

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título
de Licenciatura en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de los autores.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación

Firma del Jurado

Firma del Jurado

San Juan de Pasto, agosto ____ de 2017

AGRADECIMIENTOS

Compartir el andar para hacerlo caluroso; gracias a las comunidades de Mocondino y Sandoná, quienes, en los instantes de palabras y silencios, entregaron el corazón.

A la entrega del maestro.

A quien acompañó esta creación, mi compañera y amiga de vida.

A quienes sueñan, a quienes aman y comparten su amistad.

Al hogar donde ahonda el sentir y el palpito de la vida, mis padres, hermana y sobrino; de sus rostros y palabras recibo la fuerza y el calor que necesitan los días.

Marisol

A mi mami que, con su amor infinito, llena de esperanzas mi existencia.

A mi papi que, con su ser, plasmó mi vida de su imagen y fuerza.

Amor; cómplice y apoyo incondicional; Oscar.

Silvana

A ELLA:

La guerrera de batallas; a ella, la esposa, madre y abuela inolvidable. A ti, negrita de corazón grande y carácter fuerte; a ti, mi trasnochador recuerdo de memorias pasadas. A ti, Pachita Bastidas, que dejaste ausencia de tu dulce sonreír y de tu valiente caminar. † 08 de enero de 2017.

A ÉL:

Curioso, cual niño que se sorprende con el cantar de las aves en las mañanas, sonriente coleccionista de muñecos, ¡cuánta fuerza hay en tu alma de niño, cuánto amor dejas en mi corazón, cuánto orgullo sentiste de mí!, tanto como lo siento por ti. Gracias, abuelo Hernando Yáñez, por creer en mí.

† 4 de abril 2017.

Viví; el nombre que me diste se borra con tu ausencia.

SILVANA

Al amor de mi madre, el mismo que me enseñó a tejer el camino. En sus manos se posa el inagotable fuego de la vida.

MARISOL

RESUMEN

Esta investigación se da hacia la narración oral y el proceso de escritura; aquí se expresan las voces narradoras de quienes contaron sus historias de vida cotidiana, desde las comunidades de Sandoná y Mocondino, en un ejercicio que permitió, además de la interacción con las comunidades, que diera como resultado un material pedagógico que mostrara algunas de sus riquezas culturales.

Los encuentros con la palabra son enriquecedores, puesto que ofrecen experiencias vividas y, a la vez, narradas, que trascienden, de una u otra forma, en el oyente. Así, producen un proceso de creación narrativa, debido a la escucha, para propiciar la elaboración de relatos. Estos relatos se encargan de dar a conocer aquellas culturas y sus tradiciones en cuanto a su modo de vivir.

Palabras claves: Educación, Imaginación, Literatura, Poesía, Sensación.

ABSTRACT

This research is given to oral narration and the writing process. Here, the narrative voices of those who told their stories of daily life express themselves, from the communities of Sandoná and Mocondino. This exercise allowed, in addition to interaction with the communities, to produce as a result a teaching material that showed some of their rich cultural activities.

Encounters with the word are enriching since they offer lived and narrated experiences that transcend, in one way or another, in the listener. Thus, they produce a process of narrative creation, due to listening, to encourage the elaboration of stories. These stories are responsible for making known those cultures and their traditions in terms of how they live.

Keywords: Education, Imagination, Literature, Poetry, Sensation.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	11
PALABRA Y ESCRITURA	14
PALABRA DONADA, NARRATIVAS EN EXPRESIÓN	14
PALABRA ORAL, RELATO EN ESCRITURA	17
EDUCACIÓN	20
ENCUENTRO CON LA PALABRA	23
CONCLUSIONES	77
BIBLIOGRAFÍA	82

ÍNDICE DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Cosechas	25
Figura 2. Manos que labran	27
Figura 3. El cantar de Don Plinio	32
Figura 4. Fogón	36
Figura 5. Capilla	38
Figura 6. El rostro de soledad	41
Figura 7. El juego de Juan	43
Figura 8. Calle principal	49
Figura 9. Calle de verano	53
Figura 10. Rincón de encuentros	55
Figura 11. Colegio de Nuestra Señora de Fátima	60
Figura 12. En el trapiche	64
Figura 13. Jugueteeando en el río	68
Figura 14. Camino de herraduras	72
Figura 15. Espíritus	75

INTRODUCCIÓN

El encuentro con la palabra es la escucha, la caricia de las voces entre sí, acompasadas también por los silencios; el encuentro es la profundidad a partir del otro; la palabra es camino que acontece y abre la posibilidad del espacio compartido, que sucede universal y percibe, en sí, infinitud de sentidos que se acumulan para decir, escuchar, palpar, silenciar.

En cierto sentido, la palabra crea el hablar, esa conexión que se enlaza y cuenta la vida misma, desde lo que se está sintiendo, todo ello acompañado del latir, la suspensión, el aliento, el recuerdo y lo que evocan los suspiros. El cuerpo es un narrador interminable; se despiertan en él lenguajes varios, que no son ajenos del otro, ese otro que entiende, porque en su sentir sabe sobre las experiencias y lo que se relata a profundidad y, con igual intensidad, lo que se vive día con día.

El hombre en comunidad crea formas de vivir y compartir con los demás; en su memoria se guardan las historias que han fluido de lo más íntimo de su ser, historias que, con el pasar del tiempo, evoca la narración, de modo que permiten contemplar y visualizar la forma particular que alguien tiene de ver y sentir el mundo.

Este texto contiene sensaciones, alegrías, tristezas; existencias contadas en palabras; todo este compendio de narraciones son fragmentos de vidas ofrecidas y desnudas, para quien desee formar parte de su historia para que, así, en otra ocasión la contara alguien más. Aquel que cuenta desea que lo escuchen y aquel que escucha busca que la narración lo acerque a lo sucedido; mira en la experiencia la apreciación de una vida que se siente al contarse.

La tradición oral se convierte, de una u otra forma, en un medio de enseñanza; surgen con ella los relatos que van siendo contados por los habitantes de estos lugares y constituyen espacios educativos y de encuentro con el otro, que permiten explorar e interpretar de modo informal aquella diversidad de saberes, tanto históricos como sociales y culturales.

Cuando este proceso narrativo culmina, puede pasar de ese modo informal a un ámbito netamente escolarizado, lo que se pretende en este trabajo, pues bien se sabe que la escritura lleva a que perdure en tiempo y espacio aquello que tiende a perderse en el olvido; esta alternativa convence, pues, al ser básica y ancestral, guarda consigo la magia que cautiva; los detalles de un relato comparten su ser, al ofrecer instantes agradables y conformar uniones de convivencia, una alternativa más didáctica.

Es necesario tener en cuenta que la educación debe tener como apoyo herramientas didácticas; así se desarrolla este proceso investigativo, con el fin de llenar dicha necesidad, pues en el relato y en la escritura existe una práctica para facilitar el aprendizaje, al crear conciencia de lo que fue, para proveer unas bases de lo que puede hacer, pues las historias contadas y olvidadas no trascienden, mientras que, con el apoyo del ejercicio de escritura, se puede alcanzar un acercamiento y un comienzo para los nuevos relatos de la vida.

Las fuentes de la oralidad discurren hacia un encuentro con el pasado, cuya importancia permite representaciones y significados para el presente; así, se llegan a conocer las características fundamentales de una vida en comunidad, en que la oralidad establece un punto relevante, que se relaciona con la educación.

Esta investigación pretende desarrollar una interpretación y la búsqueda del significado de algunos relatos populares, donde se valora una cultura desde su carácter. Este ejercicio investigativo es aplicable en tanto sirve a la vida misma, como a la educación.

El aprendizaje que se da en la educación facilita el proceso de difusión de conocimientos, valores y creencias en la comunidad. Los relatos contados constituyen un modo de palpar el mundo; se proyectan en el otro, que presencia un *encuentro con la palabra*; se crea, de este modo, un camino que permite un aprendizaje, tanto para la voz que narra como para quien la escucha, ambos aprenden de este ejercicio de interlocución que los compromete.

Este tipo de investigación conlleva un redescubrimiento de las generaciones anteriores que, desde luego, le aportan al presente ese saber que verbaliza algunos acontecimientos. Aquí, el lenguaje, en su máxima expresión, vincula a la palabra con el sentir; se trazan signos creativos, que el ser humano despliega; entonces, la memoria cuenta y el sentir se vuelve lenguaje, al evocar el recuerdo.

Diversas expresiones se narran en este tejido, que emergen de la comunidad; con prontitud, las memorias que moran en el individuo se comparten y viven ya en quienes aprecian el escuchar sobre ellas; así, entonces, pasan de ser individuales a tornarse colectivas. Son los encuentros de la palabra, que posibilitan intercambios de saberes, que hacen de la conversación textos que relatan universos, donde la palabra viaja, cambia y transforma escenarios.

Relatar es saber darse al sentimiento; explorar, a su vez, estancias del ser que naturalmente buscan un encuentro con lo profundo; así, entonces, a la existencia le agrada ser, a la vez, ambigua y estremecedora en tanto rebosa sentir. Al entender la construcción del camino, se van dando los pasos, van surgiendo una a una las palabras y se van hilando las memorias que se condensan en relatos.

El relato viene dado con y en el lenguaje, que esculpe sus propias figuras e interpretaciones y las proyecta en la palabra escrita; por tanto, surgen con él los pensamientos colectivos y los imaginarios sociales, que crean y, a la vez, promueven un tipo de identidad.

El ser humano crea, interpreta y constituye su mundo desde lo que va construyendo con la experiencia; aquí interviene el lenguaje, de manera que crea el acontecer del contar, el narrar y el compartir historias que incluyen características del vivir cotidiano; se descubre, entonces, el lenguaje como el tejido que va encauzando el carácter simbólico y único de lo que una comunidad cuenta.

Este proceso investigativo incluye diferentes metodologías, que se fueron concretando mediante su elaboración, a partir de lugares específicos, para encontrar unos rostros que

narran y perfilan la vida. Esta investigación revela un encuentro *con la palabra*, en el que se comprometen unas voces y silencios en torno a un compartir, el mismo que teje creaciones y sentires que le incorporan a la palabra la razón para contarse y escribirse.

PALABRA Y ESCRITURA

Escribir, al romper el valor de intercambio que mantiene la palabra en su rail, es siempre dar la superabundancia, a lo inútil su parte salvaje. Por eso es bueno escribir, dejar a la lengua intentar como se intenta una caricia, tardar el tiempo necesario para una frase, un pensamiento para hacerse amar, para resonar.

Hélène Cixous, *La risa de la Medusa*

Es la palabra el aliento de la memoria, en la que circulan historias que posibilitan el ser-oralidad en construcción narrativa de la vida misma; así, se comprometen vidas otras, que se unen a este tejido oral que constituye comunidad y se comparte dentro de ella, se recrea en la riqueza del lenguaje y se mueve en la escucha, la voz y la interpretación. Lo que sucede va formando parte de un todo que integra experiencias y, por ende, vínculos humanos relacionados con el ser que siente, percibe y conoce, lo que profundiza el sentido de la existencia.

La palabra relata; también, imagina; el acontecimiento de la palabra es significado, expresión. La palabra, en su soledad, es silencio, pero dice; la palabra pronuncia y, a veces, calla.

La palabra es sentidos, expresiones. La palabra, lengua que pronuncia el ritmo que alberga el recuerdo.

Por medio de la palabra, se dan a conocer los acontecimientos. La palabra cuenta; así, se propicia el encuentro de presencias y voces, a la par de la memoria, como raíz de la historia oral que, junto con la narrativa, recrean el pasado; la memoria oral como verbalización, en su forma primordial es un conjunto de recuerdos, que forman parte de la trayectoria de hechos pasados que, a su vez, difunden el conocimiento para generaciones venideras.

PALABRA DONADA, NARRATIVAS EN EXPRESIÓN

¡Voces!, caminan, susurran, gritan, van formando el espacio; son, en los días fuego, que acompañan, música, aliento, soplo. Lo que se atribuye a la voz se atribuye al lenguaje de las palabras,¹ señala Derrida; esas palabras narran en su expresión sonora, pero, también, lo hacen en su soledad; es decir, en el callar, en los silencios compartidos, que extienden el cuerpo que las conforma y mantienen la intención; así es; se va, con sigilo, al encuentro con el otro, para oír, en su voz, las tonalidades, las texturas; también, el sentir cómo el ser emerge a través de las palabras.

La sonoridad de la palabra resulta elástica (en su estiramiento, se escucha) cuando interactúa y, en ese movimiento, permite entendimiento e interpretación; cuando se va a la comunidad, se oyen voces visibles e invisibles que permean el lugar; al adentrarse en ella, el recorrido se hace menos silencioso, pues hay olas de sonidos que evidencian el espacio ocupado por los seres (se aprende a escuchar). Las voces acontecen; desde la tierra vienen fluyendo, permiten el caminar conjunto, que se acompaña de palabras, las que alborotan, silencian, callan, duermen, avivan.

La interacción con la comunidad va procurando, en algún momento, la estancia en la profundidad, surgida desde el *encuentro*, contacto espacial, figura-paisaje, en el tacto de voces, en el acercamiento, en el conocimiento y reconocimiento permitido en la revelación del otro. En tal sentido, las palabras tienen rostro: uno metafísico, que revela al ser en su carácter; mirar el rostro en la contemplación es descubrir sus signos, sus huellas, sus marismas; entonces, se lee el rostro al sumergir la mirada en el otro; la mirada es conocimiento, percepción, escribe Lévinas;² de esta forma, el rostro, en su desnudez, permite escucharse.

Cuando la palabra habla, flamean voces que, desde el sentir, permiten el *encuentro*, surgen nuevas emociones de parte y parte; otras se reviven en el narrador quien, con sus expresiones, dona la posibilidad de conocer su acontecer, desde los ojos, la boca y el tacto, que crean su mundo. En el compartir, también surgen los multi-versos que fluyen desde la mirada y la palabra del otro; existe un recíproco intercambio de sentidos, porque quien narra no se presenta en un monólogo, sino su palabra es puente para la conversación; de esta forma, germinan las voces polisémicas, que acontecen en los días para fluir en el relato.

El contacto con el otro se da para sentirse vivo en el instante, en que los sentidos fluyen y el camino lleva a descubrir, en la mirada del otro, rostros antiguos, contemplados desde la profundidad del tacto terrestre que posibilita los encuentros; también, la voz narradora de la tierra se presenta. Entre soplos y alientos, el encantamiento continúa..., acontece lo imprevisible.

¹ Jacques Derrida. *La voz y el fenómeno*. Valencia: Pre-textos, 1985, p. 53.

² Emmanuel Lévinas. *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 2006.

Este recorrer no rechaza la posibilidad de encantamiento; es decir, quedarse en tramos del camino para respirar, maravillarse y pausar. Comprenderse en otro tiempo, cuando los pasos invitan a vivenciar atardeceres, verdores, casas y cosechas, que también narran; los silencios, los cantos, las danzas, trazan visiones que se posan en el momento.

La palabra se desliza en el agua para fluir; chispeante, provoca sonidos: “el sonido es, como algo sensiblemente dado, lo más próximo y real. Lo otro le es adherido y sobrecargado, de manera que la palabra, como configuración sonora, se convierte en la portadora de la significación”;³ entre las corrientes, la palabra siente el temblor; sumergida en la profundidad, evoca al otro y vuelve a la orilla cada que oye las voces de la soledad. La palabra invita a recorrer el interior al presentir que lo insólito está a punto de aparecer; al oír los sonidos, se viven otros tiempos; se viaja a través de la mirada del otro.

El encuentro con otros seres lleva a tejer, permitir lazadas que relacionen al uno con el otro; hacer, con los pasos, nudos que entretejen y dan cabida a la comunicación. Ese encuentro que brota, lo guarda el presente como secreto; en medio del misterio, se integran los saberes y relatan las historias.

En los gestos, las miradas y el asombro se agitan los sentidos; la cercanía con el otro produce un gozo que desnuda lo visible, puesto que lo invisible se expone ahora y permite la composición e integración del sentir/vida. Con naturalidad, mana una sensibilidad en el contacto que se ofrece mutuamente; ofrecer es dar el mejor recibimiento, llevar a que el otro se sintiera tierra/universo.

Al encuentro se incorpora el sentir; se disemina la continuidad del vivir desde esa otra mirada; el compartir surge debido a la palabra otra, que canta y palpita. Indisolubles se vuelven los tejidos del sentir; a la entrada, una luminosidad que riega profundamente; la puerta, una bienvenida que toma formas y abre el camino hacia los espacios.

La relación con el otro acontece en la creación; se aprende de la palabra, que mora entre las montañas, la tierra, los espíritus, el despertar, la noche...; el interior se ha envuelto en la tranquilidad del abrazo, el tiempo pasa en el afecto. En el canto ya se es familiar, provocador de historias que revive la memoria.

En la conversación se aviva el fuego: la palabra lleva a que ardieran las fibras del corazón, en ese arder que se dona en la pluralidad de los tiempos compartidos; se aviva el lenguaje en el acompañamiento de emociones que preservan los silencios y los susurros; entonces, retoña el gesto y la palabra gira y continúa y, a su vez, llega a abrigar las estancias del recuerdo.

Las narrativas van floreciendo a veces en un des-tiempo, cuando el narrador logra una fragmentación lúdica que admite des-unión; a su vez, hila el recuerdo para el momento presente, que deviene infinito; el olvido es diferente en los tiempos (algunas veces, se

³ Martin Heidegger. La palabra. La significación de las palabras. Recuperado de: <http://adamar.org/ivepoca/node/1154>.

divide): “vivir es un asunto de pausas, de momentos: el corazón se cansa del mundo y su dureza y en sueños uno cambia de piel y de deseos”;⁴ se presenta el sentimiento del hablante que, al penetrar en los tramos de la vida misma, refiere, a su ritmo, más que historias, sentires; su cuerpo toma forma de palabra que, como voz, se quebranta, exhala, grita, susurra, calla; en la exaltación, asienta el suspiro que pausa..., continúa.

Cuando el hablante narra, no solo lo hace su voz, sino, también, su cuerpo, sus gestos, sus compañías físicas y espirituales, porque es el espacio que relata; es ese misticismo que alterna el lugar hasta donde llega el eco, que incluso queda habitando. En el momento en que la palabra se dona sucede que los significados y los sentidos atraviesan el instante, porque van más allá de la receptividad comunicativa, rompen el plano material para percibir la profundidad de la palabra; a su vez, desmantela su cuerpo para tornarse resonancia en el alma. Los latidos de la palabra acompañan el temblor del narrador que, en su vibración, produce canto.

La relación que se crea con la palabra del otro reconoce la pluralidad discursiva, que implica afectos, saberse otro, porque la palabra es recibimiento que muestra el gusto de un compartir y una donación que se ensancha en las latitudes del ser; al acogerse, se expresan las voces: unas vienen en calma, otras son torrenciales; unas están frías, otras fluyen del fuego, vivas, transparentes, chispeantes, resonantes. Los narradores rompen la distancia: disolución del callar, sensibilidad que pasa de su palabra a quien escucha, a quien ya nunca escuchó; percepción, gesto amable que conserva su tranquilidad al hablar, al respirar, al ser lenguaje.

La palabra, en su fluir, abraza, atraviesa fronteras en el tiempo y el espacio; en la voz narradora, se disemina, vuela, se sobrecoge, se torna posibilidad de significados, se da a entender; de esta manera, acoge a aquel que sabe escuchar.

En tanto la palabra es recibimiento, las manos que se entrelazan son simbólicamente seña de una relación naciente, relación que permitirá la conversación en lugares sobrecogedores, tanto de la memoria como espaciales; en estos últimos, la huella signa el recuerdo, en casas, en calles, en chagras, en el adentro o el afuera, pero siempre desde un mundo interior.

Al llegar a la comunidad, no solo se esparce el aire; las ideas, los pensamientos y emociones también, quizá en la prisa de encontrar historias, ese encantamiento que pulsa y llega a remover, a trastocar; es ese encantamiento elemento fundamental para generar una apertura a la escritura, para engalanarse con rostros otros y percibir, conocer y sentir la magia que mora en la tierra de cada ser.

PALABRA ORAL, RELATO EN ESCRITURA

Desde los griegos, se ha privilegiado la palabra oral; incluso la entendían como una forma de curación del alma; le atribuyeron características muy elevadas, en tanto siempre se ampliaba y viajaba de un lado a otro para recrear aventuras y vivencias de toda una historia:

⁴ José Manuel Crespo. *Ulises, hombre solo*. Bogotá: Exilio, 2015, p. 35.

El culto del discurso bajo la acción de la persuasión (*peithó*) elevada a la categoría de diosa fue haciendo que la palabra oral y escrita se convirtieran en el vehículo de la *sophrosýne*: conjunción del buen orden, belleza y justas proporciones del alma; el fruto de ese bello discurso, como un bien decir (*lógos kálos*), se obtiene por esa acción reordenadora y esclarecedora de la palabra como persuasión, no ya como razón y es lo que constituye para Platón la verdadera *kátharsis*. Esta acción debe estar presente en toda transformación saludable del individuo.⁵

En un contexto regional, la oralidad predomina en la tradición oral como un componente histórico que, en su forma primera, se presenta como comunicación, a través de la cual se comparte el conocimiento; la oralidad, a su vez, se da de forma abierta; no indispone el discurso o la intervención del otro; siempre habrá quienes se interesen por escuchar los relatos que cuentan historias y experiencias a partir de las vivencias cotidianas.

Por otra parte, la oralidad da ese sentido de permanencia a expresiones colectivas que surgen dentro de una comunidad; ese saber-hacer que se difunde y comparte es la representación de la vida en su andar cotidiano, creado desde la mirada particular del narrador, cuya marca lo hace único.

En la comunidad, existe una interculturalidad que, en su expresión, no limita la posibilidad de que se difunda y la escuchen quienes no comparten su territorio; al contrario, por su pensar va más allá de las fronteras; así, su saber se comparte y, desde el principio, acoge en su forma más profunda.

Sentirse acogido debido a la oralidad que abre caminos hacia el pensamiento otro; adentrarse en la comunidad cuando las palabras invitan a percibir, palpar, leer los rostros, es ir descubriendo espacios y tiempos que narran; incluso escuchar las voces ausentes, puesto que el territorio brinda la posibilidad de una escucha total; se debe saber poco a poco este recorrido.

La memoria, como fuente mnemotécnica de la palabra, re-construye, proyecta, conserva los saberes y las prácticas de la tradición y del tiempo andado. (...) Al narrar la propia biografía se involucra el entorno. Los hombres hacen cotidianamente este balance, cuentan su vida, reestructuran su universo y lo hacen mediante la palabra viva.⁶

La profundidad de la vida quizá se revele en este acercamiento al otro, para escuchar y saberse escuchar a sí mismo, para descubrirse; cuando se comparte esta acción con los demás, se entiende que existe una fuente de inspiración que exhala por el cuerpo y el corazón consiente; en ese lazo donde se unen palabra y escucha, se descifran quizá las emociones y la narrativa misma de la vida. En este punto existe una desnudez que deja que se acerque el otro para establecer una relación, mirar la voz, sentir el espacio, dejar-se acoger.

⁵ Ignacio Guirao. Diálogo con Jorge Luis Borges acerca de la escritura. Recuperado de: <http://www.paremai.org/textos/tx/t51.pdf>

⁶ Julio Cesar Goyes. *Pedagogía de la oralidad*. Bogotá: UNAD, 2002.

La palabra se instala en el momento preciso, cuando hay encuentro, acercamiento que permite conocer, luego reconocer y, de este modo, se traen las memorias al espacio, que se entiende como íntimo, tanto interior como exterior; que se da para que se circulara entre quienes se comparte la conversación-narración; entonces, en el fondo de cada uno late ese nuevo sentir.

Es el latir del narrador, que deriva colores y ritmos que traen relatos, hazañas, cada día un nuevo canto y así cada letra; se entonan las melodías que van fluyendo desde los sueños inmemoriales; en sus manos la acogida y desde los verdes espacios las palabras, que pasan a ser inspiración de las letras tejidas.

Los relatos se presentan en voz del narrador, cuya expresividad envuelve al escucha, lo que lleva a que hubiera comprensión de lo narrado, tanto en un sentido ajeno como propio, porque también consiste en sentir la voz y la palpación del que comparte historias. El relato se concibe como movimiento, ya que su proceder supone relatar y tiene la facilidad de efectuarlo en diferentes tiempos, incluso en un destiempo; ya de acuerdo a la situación y la predisposición del narrador, se darán las proporciones de la aventura narrativa.

Esta aventura, ligada al sentir, se concibe como un despertar de la memoria, que la remueve para darle voz, una memoria que ahora se abre, porque circunda a quienes escuchan, en una apertura hacia el aprendizaje, que siempre llega con la palabra, una narración que traspasa latitudes, que en su recorrido va mostrando la riqueza y magia del narrar, de modo que cada relato es una vida, una expresividad del sentir y el hondo latir que conversa con los tejidos del recuerdo.

La memoria no cesa de ser palabra; la llama, la evoca, la alberga, a veces en soledad, otras en presencia, pero sin dónde buscar para verla, no tiene quizá foco; Walter Ong se refiere a las palabras como sonidos y acontecimientos; las palabras se evocan, pero se encuentran en un plano de presencia visual;⁷ entonces, se requiere la idea de acudir al relato-escritura, a falta de su presencia visual.

Entonces, el arte de relatar pasa de escucharse a escribirse; las letras sugieren un camino de creación, que ocurre después de la experiencia de la escucha; la letra incentiva este proceso, que parte de la narración oral, se comienza a tejer con las manos y así se vuelve por el camino andado, de la mano de memorias y sentires, para expresar lo que es tacto; no solo silueta, sino fondo, en esos quiebres y bordes de la palabra misma que componen su profundidad.

Escribir a partir del participar, de lo que se instó en el corazón; llegar al ejercicio de la escritura al comprender el recorrido; al morar en el espacio que se conoce y se presente, las letras aguardan el sentir, se van hilando poco a poco y, de repente, surge el relato escrito como resultado del acercamiento y el conocer a la comunidad, vista ya no desde la periferia, sino desde ese centro que, en principio, ha evocado un sentir, ya no ajeno, sino

⁷ Walter J. Ong. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 38.

cercano, amistoso, recurrente, con el que se toca el territorio, se percibe, se asimila y, entonces, existe ya una relación establecida.

El borde, que configura el inicio de la escritura, asume el ejercicio de la creación; de principio, explora el recorrido que se traza con la experiencia, para, después, descubrir un mundo literario, en esas letras que construyen la imagen del relato y, a su vez, lo interiorizan; además de su imagen, existe un fondo del relato que, en el proceso de la escritura, va tomando forma, se amplía no a medida de la cantidad de letras, sino del rostro de las letras; no como relleno, sino como presencia de lo necesario.

Los relatos van haciendo su aparición; entonces, la escritura empieza a respirar, a dar forma y rostro, en historias que toman un cuerpo de letras, que van transpirando los ritmos de la experiencia, que fue, en un primer momento, la narración oral. Imprevistas son, a veces, esas acogidas de la palabra, porque no solo es un cuerpo que deviene materia, sino, también, expresión y, en ese sentido, sentimiento. Las marcas de la experiencia sensorial no dejan de ser en el momento de la lejanía; al contrario, se acentúan o se reviven.

EDUCACIÓN

El saber compartido, la palabra encendida, las voces que atraviesan y recorren los espacios, los rostros en los avatares del camino, los silencios, las manos de la tierra que se entregan. Una comunidad que palpita despojada de los contratiempos, de las superficies, de la inmediatez, para enseñar la profundidad y la significación de un vivir que siente, en la tranquilidad y en la contemplación del universo que se teje.

Es todo ese tejido un encuentro que fluye y alberga el sentido de las voces, los pensamientos, las memorias, los conocimientos que se ofrecen en el día a día en la comunidad; de aquí se deriva la importancia y significación que tienen estos saberes inmersos en territorios de los que, a veces, se conoce muy poco, o simplemente pasan desapercibidos, por lo que es menester ir al encuentro con esas tierras que hablan desde su raíz.

Percibir y profundizar el encuentro, porque, en su surgir, fluye el aprendizaje; pisar el territorio que desde ya se comunica, pero que, en ocasiones, pasa desapercibido, a causa de que existe otro mirar, quizá uno que no se detiene, que no profundiza...; es un saber que se debe interiorizar, permitirse que fuese y sintiera, para palpar.

Entonces, estos procesos de acercamiento a las comunidades se necesitan y, a partir de ello, se integra la academia a estos espacios que ofrecen la posibilidad de un compartir, donde se dona la palabra, la memoria se expresa y se entrelazan pensamientos, se descubre al otro y, con esto, su pensar, su visión del mundo y su particularidad rítmica en el diario vivir.

La cercanía a estas comunidades permite ir más allá y, en ese camino, también existe un encuentro con el aprendizaje, cuya significación enseña a revalorar la riqueza cultural de un territorio, desde donde se puede observar, aprender y tomar esa abundancia que se

constituye en la parte de la narración oral, para permitirle que conociera a través de los procesos creativos de la escritura.

El interés por el acercamiento a estas comunidades debe permanecer y, de cierta forma, trascender y, si bien el ejercicio de la escritura configura gran parte de su permanencia, se debe establecer este proceso para continuar con la difusión del conocimiento de la cultura y mostrar parte de la tradición que se vive en ellas.

Es necesario el acercamiento al otro para comprender la comunidad en su vivir y en su tejido; resulta importante investigar los contextos en los que el ser humano vive, para resaltar la riqueza cultural de un territorio, en sus momentos profundos y axiales, al conocer el valor del acontecer en la narración que expresa, de diversas formas, el ser en su expresividad y existencia; recorrer los caminos que invitan y, a la vez, consideran el pensamiento de región para, desde el ámbito académico, nutrir las ideas que se tejen desde la tradición alrededor de las voces milenarias.

La narración aparece y sorprende al ser emotivo que, en su sencillez, evoca el transcurrir de la vida con grandes o pequeñas historias, donde se explicitan las sensaciones y los sentires en lo que la palabra pronuncia; en esta narración sencilla se van descubriendo grandes o pequeños saberes que, a veces, se ubican en un plano irrelevante, por falta de interés o de un pensar que se ha ensimismado.

Por ello, la academia debe partir de pensamientos, tales como pluralidad, multiculturalidad, diversidad y, de esta forma, convivir en un espacio donde todos confluyeran y asistieran desde su riqueza, para brindar su propio saber, descubrir el pensamiento de la región; es decir, aplicar los conocimientos en torno al contexto, puesto que así surge el pensamiento propio, la creación que no parte de un estado ajeno, sino de una sabiduría única y, por tanto, propia.

El sentido educativo debe ver, también, el camino sensible de lo que se narra y, en sí, de lo que se vive en las comunidades, puesto que los territorios no deben considerarse vacíos o mirados estrictamente solo para prácticas teóricas y científicas, porque moran en ellos profundidades y saberes que deben valorarse y tenerse en cuenta, ya que, de modo conjunto, se debe convivir con la región a la vez que respetar y compartir su visión del mundo en su amplio espectro cultural.

En los procesos de investigación educativa, debe haber cercanía con las comunidades para que se pudiera alimentar el saber y el aprendizaje que surge de esa interacción, al ser partícipes y tejido de lo que conforma e implica una sociedad; lo que se genera desde la escucha puede implicar modos de ver y cambiar la mirada sobre el mundo, a partir de las narraciones que en su interior llevan consigo la profundidad del ser y del sentir, de eso que la vida constituye en la recreación de los acontecimientos en un espacio y un tiempo determinados en el plano de lo histórico, lo social, lo económico y lo cultural.

Cabe pensar a la educación desde perspectivas alternas, que se marquen y afecten no solo por los bordes, sino por el entorno, al tomar en cuenta los espacios concebidos por las

tradiciones, por los aspectos ancestrales, lo que enmarca ese otro ritmo de vida que no se precisa en lo estático, sino en el movimiento, y que la oralidad, en su intención, crea, debido a que da a conocer el sentido de una comunidad que, con la palabra, recrea las realidades sensitivas y emotivas, que actúan como fundamento para la estructuración de un saber que afecta tanto al ser como a su sensibilidad.

Se debe continuar con el desplazamiento hacia territorios, por caminos que permitan abordar más allá de lo que en general se mira; vitalizar el pensamiento desde y con la palabra del otro, porque no puede ni debe pasar desapercibido el acontecimiento de las historias y de lo que la memoria recrea con la oralidad.

Este ejercicio investigativo intenta efectuar un aporte al campo tanto filosófico como literario; pretende que, con la escritura, se registren algunos de estos modos de reinventar y de sentir la vida de las comunidades, desde un compartir libre y afectuoso, de modo que se llegaran a entender los aspectos y las características de un vivir comunitario y, con ello, animar este tipo de procesos que intentan ir más allá, pisar ese afuera del entorno universitario para conocer los pensamientos otros, que también se engendran fuera de los espacios académicos.

La escritura, en forma de una apertura, para transitar en el aprendizaje y, de este modo, dar a conocer la importancia de quienes narran, porque esas historias son fuente de un saber que genera las raíces de un pasado. El proceso de la escritura le aporta a la educación en tanto establece un conocimiento de lo que la tradición oral brinda como posibilidad de producir y difundir una multitud de saberes valiosos para hoy y para el futuro.

ENCUENTRO CON LA PALABRA

CUANDO DANZA LA TIERRA

Al emprender camino y sumirse en los pasos, se sueña. El cuerpo, en su temblor, descubre fuegos, palpa con el sentir las piedras, el polvo, la feracidad de las montañas que se recrean en el movimiento cósmico; se agita el espacio; es un encantamiento que, en lo profundo, narra desde las raíces; la mirada inicia un recorrido en la curiosidad de lo imprevisto; el paisaje amanece y dibuja viento en los árboles; sus hojas secas se mecen en la caída, otras florecen, otras son camaleónicas; el colibrí resuena entre los arbustos, surgen miles de colores que trazan sus aleteos.

Se despega la neblina y se cubren de frío los tejados y las cercas, los hombres y los pastos; están los perros de paso por las calles, juegan en los llanos, circulan en las casas, sucumben los avisperos, la noche ha quedado atrás y emergen de la brisa mañanera los cantos y los versos de un nuevo andar.

El hombre se pone la ruana y comienza con la calma del día; se acerca a la puerta de su casa, su paso lo empuja a ir por la leña, mientras la mujer la ampara y a cada ser que vive. Otro hombre trabaja la tierra, mientras, en el momento, las azaleas, los geranios, los azulejos florecen.

Pasa el tiempo y, en los senderos, los gatos, los niños, las memorias y un anciano que ha trazado historias en su rostro; las voces se encuentran y se estrechan en los saludos.

Viene el sol en su aparecer; su luz se escudriña por las hendidias y los rayos se precipitan hacia las pequeñas ventanas del hogar; el fogón aviva la palabra, se tejen en la guanga los cálidos abrazos de Eugenia, mientras el hombre enruanado ahora alimenta a las vacas.

Se enlazan en los instantes las vidas de quienes sueñan; los misterios transitan por el lugar; la mujer cuida, con sus plantas, los cuerpos y las energías. El anciano congrega las nostalgias del verde oleaje y Eugenia reviste al tiempo con ilusiones y aguaceros. Susurros se alzan entre las polvaredas, aparecen unas patas felinas y equinas; los frutos siguen creciendo, huele a leña, el humo se asoma sobre los tejados.

Las narraciones se hacen viento, se suscitan en los ecos de los ausentes y en las voces de quienes ocupan la tierra; en la corporalidad de su espacio aparece el texto; sus tiempos circulares permiten la mirada de los rostros de las historias. La oralidad que sueña, de quien parte, de quien regresa; el fuego de la palabra que, en su morada, es memoria acoge el paisaje, lo riega y lo cubre con voces de todos los seres.



Figura 1. Cosechas.

Gentes de aliento ligero, vestidas con el viento,
El universo en sus montañas, en sus casas, en sus miradas
El sol naciente entre sus gestos,
Las aguas traen los cantos que alimentan la aurora,
Se oye las piedras correr, el paso de quien emprende camino,
Arroyos de polvo y palabra laten en el recuerdo
Escrito en los giros que transitan los tiempos.
Anillo de montañas se conjuga entre el rocío mañanero,
Desde ellas se oyen las voces de cascadas
Que llevan a casa los soplos curativos,
Mientras los pastizales se colman de maíz y encantos
Los montes aguardan las nostalgias.

Rostros entre la neblina,
Brotos de memoria y voces que encantan el entorno
Brillan desde las noches inmemoriales en toda su holgura,
Hogar de esparcimiento del fuego que aviva la palabra,
Uno tras otro flamea desde la tierra,
Danza de las raíces, palpitar de los espíritus,
Al sonar el viento las ramas agitan la memoria,
Vienen y traen el aliento milenario que impacta en las puertas,
Se duerme en el silencio, las aves cantoras despertarán,
Vendrán desde los valles y adormecerán las flores,
Entonces escribirá la luna el poema de las planicies.
Gentes de tierra y fuego y agua
Vestidas de colores al amanecer,
Al anochecer encantadas por los cantos del firmamento,
Cambian los sentires volcados en ilusión,
Manos que entregan, labran, construyen y, así, sueñan.

ENTRE MADERA Y NOSTALGIAS

Al recorrer los caminos, una palabra llamaba; era la palabra desde una casa blanca, acariciada por el sol del día, toda bañada de luz, que invitaba a pasar e incitaba a descubrir lo que aguardaba en su oscuridad interna; una puerta daba la bienvenida; entreabierta, esperaba por la llegada de los pasos extraños. ¿Qué guardaba la casa en medio de sus confines? Era el palpitar de una vida que se propagaba por la tierra, unas manos que sabían sobre el olor de la cosecha, una conversa nostálgica llena de brillos. En el espacio, la danza de las cenizas se fundía con el aire tenue y toda una magia envolvía el lugar. Pronto, una voz acaricia el espacio, a la vez que ofrece el infinito rostro de la memoria; entonces, resulta que ya se compartía el mismo tiempo y la palabra, la vida vista a través de los perfiles del recuerdo.



Figura 2. Manos que labran.

Don José y el entrañable oficio de tallar la vida, sembrarla y situarla en la calma del día y de la noche; con tales manos habilidosas había, desde joven, cultivado el oficio de carpintero; un primo suyo lo había orientado en aquel entonces: “puertas bien hechitas”, pues así se protege el espacio y se refugian las presencias, sin dejar que el afuera y el adentro cesasen de confluir. Escuchar para aprender, la garlopa, la azuela, el gozne, la escopladura, hasta eso, entonces, palabras ocultas, pero que, desde la voz de la memoria, trae; labores que se tejen con entrega y paciencia; que albergan, en su quehacer, la vida que

transcurre y el ser que goza, labra con una azuela así, tal como era antes, cepilla la madera; la casita tenía un misterio en las puertas, ya que cada una había surgido en el tiempo justo, de las manos de don José; desde hacía cincuenta años, don José, que, con el gozne y en el umbral, le ponía la escopladura y las laboraba muy bien.

Apreciar cada palabra, cada pausa, cada silencio; ahora, se mira la vida a través de melodías; desde muchacho había interpretado el armonio que le había llegado desde otras latitudes; con la emoción fundida en el alma, comparte la alegría de ver y oír el instrumento, que reposaba en otro espacio de la casa, de modo que nos sumergimos hasta entrar en otra estancia, llena de sombras, con una luz recóndita, donde se visualiza una leve ráfaga de sol, que entra por una ventana e ilumina unos objetos otros, que narran la historia de diversos troncos; parece que la noche hubiera quedado encerrada en el lugar; así mismo, posibilita un encanto de la ensoñación que surge de las manos de un intérprete; se pulsan unas teclas y toda la estancia se estremece, hasta parece que el silencio deseara oír hasta la última vibración de la armonía; así, recuerda cómo antes, con la interpretación de su armonio, acompañaba las misas, las fiestas y los viajes; entre sus pedales, se añeja la soledad; los objetos que acompañan a las personas envejecen con cada una; entonces, se palpan con suavidad y, pese al olvido de algunas letras, don José todavía se integra al canto, junto con las melodías musicales que fluían con certeza para apreciar el todo y, al compás de su ser, integra la luz a ese lugar, con una alegría, que solo llega del corazón, llena los vacíos y estremece los silencios.

ROSTRO: MIRADA Y REFLEJO

El Otro permanece infinitamente trascendente, infinitamente extranjero, pero su rostro, en el que se produce su epifanía y que me llama, rompe con el mundo que puede sernos común y cuyas virtualidades se inscriben en nuestra naturaleza y que desarrollamos también por nuestra existencia.

Emmanuel Lévinas

Se palpa el territorio; ante la vista, tejados bajo las sombras de los árboles, montañas que se tiñen de cielo y ráfagas de luz que entran por las hendiduras de las casas; húmeda cosecha, pacientes frutos, animales que acompañan con su cantar, con sus huellas y su vigilia. Una mujer por el camino, toda cubierta de hojas y hierbas del destino; cuelga de sus manos una cantina y de su espalda se desprende el sol; el viento enreda los flecos pendientes de su paso, que ha dejado la sensación de la brisa mientras se escabulle por el sendero.

Se embellece el horizonte, el paisaje refiere lo nostálgico; allí, un rostro ligero descansa sus pies sobre la tierra, que el maíz observa; su ser activa y cuida los sembrados, mientras empuña unas hojas con semblante sosegado

Reconocí en él al mismo que me había hablado por la voz del pájaro, y ya sea que me hablase, ya sea que lo comprendiese por mí mismo, se hizo evidente para mí que los antepasados adoptan la forma de ciertos animales para visitarnos en la tierra y que asistían así, —mudos observadores—, a las diversas fases de nuestra existencia.

Gérard de Nerval, *Aurelia* o *El sueño y la vida*

A lo lejos, algunos hombres, que parecía que resurgieran de la tierra, se confundían con las raíces, mientras reposaban en los llanos, verdes bordes los rodeaban y, entre respiros de flores, amalgaban el pasar del día. Los rojos que brotaban de la tierra se abrían y tomaban vuelo; sus tallos al ritmo del agua crecidos, con el aliento del aire, hospedaban el rocío mañanero y vertían miel para los aleteos del viento.

Luz y sombra enlazados, todos los verdes se habían combinado y fundido en los albores del espacio, verdes por donde iba una carretilla que, a su paso, levantaba el polvo añejo y, al igual que en un lienzo, la mecía el vaivén de los trazos del día. El anciano, sentado en los maderos del movimiento, trenzaba, en el salto de las piedras, los cánticos del viento, rebote y encuentro, danzantes ahí los pasos sosegados.

Alegoría inmortal del tiempo, se pasea en sus ojos la tranquilidad quieta del instante; la luz que lo atraviesa ha provocado su reflejo. Rostro inmerso en el acontecimiento, en su contemplación: sol que baña las piedras, aire que enrojece los soplos, viento táctil que

apacigua el fluir de las aves; su rostro revelador ha refugiado todo el azul que ahora sobre sus párpados descansa.

ACONTECER DEL FUEGO

Despiertan los ojos en medio de la tranquilidad, divisan su espacio, reconocen su aire, saben sobre las voces familiares; allá, cerca de su cama, está el perro amigo que fisga desde el cantar mañanero; ahí se muestran el armario, las sillas, las fotos, el altar..., que no pasan inadvertidos. El café, en la cocina, se siembra a los ritmos de paciencia y entrega, en una mañana de aquellas en las que el viento concurre a la casa; saludos de buenos días y la bendición se renuevan en las palabras del amor y la sorpresa de volverse a ver, de ser tacto que abraza y ser un sentir que abriga el corazón.

En la casa se vuelcan los encuentros, los de afuera y los de adentro son bienvenidos, cada criatura se atiende con profundo afecto, en la conversa, en el abrazo y en el alimento que se comparte. La casa, enternecida, recuerda los dejos sentidos de nostalgias y alegrías; se asientan en ella las presencias y las ausencias que se van alojando en sus rincones.

Cada espacio palpita. Viento, niebla, sol, lluvia, amparan la casa para ser, con ella, tempestad y calma. Universo latente afinado en la tierra, que recrea el inmensurable azul, al que esperan el rayo y la montaña. En tejados disueltos en la fugacidad del instante, cada teja guarece las etéreas luces del cielo.

Los moradores cultivan en cada rincón de esa casa los recuerdos, sobre los que andan los versos escritos con la tristeza y la alegría del momento. En cada rincón y en cada instante se suscita un nosotros, que se dilata hasta los frutos. Los que comparten la casa participan de los rituales del diario vivir, esencia de las jornadas que alimentan el alma.

La magia del *quehacer* engalana al cuerpo, el ser y el alma; en el cálido hogar, se expresan las maravillas acontecidas, las labores que afluyen al llamado de la tierra para establecer el pacto espiritual que incorpora los hilos de un tejido habitual. Cada uno talla el acontecimiento como memoria, lo alberga y lo torna posible. Entre el humo de la leña, se reparte el polvo que se levanta en un instante, mientras se cuece el alimento, en llanos de fuego que suscitan la palabra, la remembranza, el reencuentro, el canto y los llamados del aire que poco a poco se difunden en la tranquilidad del tiempo.

MEMORIAS A SEIS CUERDAS

Se atraviesan los espacios y, con cada paso, se arraiga la sospecha de un sentir que deviene trashumante; se inicia el recorrido entre la imaginación y lo desmesurado que va ofreciendo el paisaje en su momento; se filtran las miradas, los sentires y los acontecimientos que dan la perspectiva del color; aparece un rostro lavado de fuego debido a la llenura del sol; así, canta y danza el cuerpo y el caminante sigue enterrando los pies en la tierra, esta vez al sumergirse en su latido.

No se deja de contemplar el rostro verde del paisaje; todo vuela, hasta los pasos, por un sendero que dirige con su tacto hacia una casa, desde donde provienen susurros y músicas poéticas. Ya, al poner los pies en ella, saludan unos rostros con los ojos y con una plena alegría; la casa abre su puerta para ofrecer el reposo; esa “puerta como cosmos de lo entreabierto”, al decir de Bachelard, recogida desde el viento nocturno se visualiza transparente. Un soplo surgido de seis cuerdas estremece el entorno, cada una de ellas con un aire que desborda el alma de la felicidad, con un olor que resulta tranquilo y recuerda momentos animados por las manos de don Plinio, que se vuelve uno con su guitarra.



Figura 3. El cantar de Don Plinio.

El rostro de don Plinio recordaba a un árbol en otoño, siempre asociado a las huellas que dejan las brisas; con pies aún de tierra, él evocaba pasados, mientras su mirada era la de una montaña infinita en la contemplación del cielo, y sus manos, como la lluvia, iban

ofreciendo un repertorio de historias desgranadas como hilos de la memoria; su voz se oye bordada a los sueños y los recuerdos. En la cocina, se comparte el canto con la mujer, compañera de vida, mientras sus nietas piden una canción:

—Mi papá me enseñó a tocar guitarra —dice y, así, se va entendiendo que, a partir de la vida misma, aprendió a tejer la música, al haber convertido sus oídos en conchas que le ayudaron a pre-sentir los cantos y los vientos de los días.

Se comparte una conversa...; don Plinio entiende que los silencios también se escuchan, que existen palabras que acontecen desde las miradas y horizontes que se contemplan desde lo que anuncian los sueños, pues, según dice Pascal Quignard, “oímos desde antes de nacer hasta mientras morimos”; la escucha vuela, mientras se va escabullendo por los senderos de la voz; así, se aprende a oír el habla de los silencios, las pausas, los gestos, los instantes...

TEJEDOR DE NOCHES

En el fondo de sus ojos adorables siempre veo con nitidez la hora, siempre la misma, una hora vasta, solemne, grande como el espacio, sin división en minutos, segundos, una hora inmóvil que no está marcada por relojes.

Gaston Bachelard

Escribir momentos con las patas suspendidas en el aire, las mismas que recorrían el tejado y la cocina; la vez que me adentré en aquella casa, él recorría la noche y marchaba por rumbos inesperados, siempre tras alcanzar los peldaños lejanos del instante; con sus ojos semejantes a la luna iba atravesando el misterio y la magia que, desde siempre, lo habían acompañado, tal como ese misterio felino de tener siete vidas. La casa parecía su guarida, pero, más que eso, su lar, pues el fuego de unas manos lo acariciaba mientras él respondía con sensible maullido.

Estremecedor encanto que recorre el mundo en círculos y yace en un cuerpo opaco, continente de unas pupilas sobrias que entrevén el más allá, con sus maullidos se pasea por la cocina y alimenta el ritmo de la vida; así mismo, se convierte en un encantador de gestos inocentes, que permanece a veces indiferente ante algún lenguaje que se sumergía en su ser; abrigado por la brasa de la candela, sabía a afectos que llegaban hasta su cuerpo, como caricias absortas vencidas en su figura, que sabe a penumbra y a noche.

De sueños que se mecen entre la magia, pasa en la vigilia para, enérgico, resguardar los espacios habitados; con su caminar sutil, hace de cada uno de sus pasos un místico trazo que bosqueja alguno de los movimientos de los bailes nocturnos y los secretos del espíritu; su visión ensoñada le permite mirar a través de la niebla, de lo oscuro, de la música fantaseada que mora más allá del eco del horizonte, donde su resonar transita en los senderos que dibuja el deseo.

Su cuerpo, continente de sensación telúrica y celeste, como relámpago se alejaba y volvía, en ese vaivén en que parecía que soplara las tinieblas con su sola mirada y retornaba en la medianoche con su maullido nostálgico, tal vez evocado de tiempos pasados, y captaba lo invisible de modo que parecía que abarcara el ensueño descubierto en la embriaguez de su silencio y su rumor, que jugueteaban con el viento y, así, parecía que concibiera un estado y un sentir poético.

Era una gota sigilosa que, en el instante, se regocijaba en la estadía de la espera; su cuerpo era florecer-noche, tiniebla que representaba una infinidad, al reordenar la realidad y el sueño. Tras la espera era lágrima que se aprecia en el mar, que custodia los silencios y conserva la fuerza y tranquilidad de las ondas.

Noctámbulo de cuatro patas

Es la penumbra cómplice de sus juegos,
Vislumbra a medianoche,
Entreteje en el rebozo de algunas manos.
Su rareza se contempla
Y, animada por el fuego de la luna,
Se habla de ella: gota de sortilegio.

LEÑOS

Se instaure la magia del quehacer, se transforma y se reviste el ser. En el cálido hogar, se refugian las maravillas acontecidas por el flujo de una conexión que es el llamado de la tierra, para crear el pacto espiritual que alberga los hilos de la labor. Cada uno teje un súbito tallado en la memoria de quien lo alberga y lo torna posible; entonces, entre el humo de la leña se reparte el polvo que levanta el instante del aroma y, mientras se cuece el alimento, llanos de fuego proporcionan palabra, memoria, reencuentro, canto y llamados del aire que poco a poco se difunden en la placidez del tiempo.

Un cuidado hacia el sabor; el alimento muestra el rostro del tiempo de aquellas manos que lo han sabido cultivar, cuidar y activar, para que fuera un fruto compartido y repartido entre la palabra y el abrigo. En medio del calor, se perciben los olores que se despiertan, pues saben que es su tiempo, tiempo sosegado para ser; así, moran y son, entre aire, ceniza y fuego, se entremezclan en el espacio.

Manos danzantes preparan los alimentos entre los cantos de la cocina; cada instante es preciso para poder enlazarse con la tierra y saber que ha llegado el momento de emprender un viaje entre la leña y las sombras que se extraviaron en la noche anterior, una delicada experiencia que se entrega por generaciones y asimila la particularidad de la magia rítmica de las manos que sujetan el acontecer del tiempo.



Figura 4. Fogón.

El alimento recorre los tramos de tierra y engalana la cocina cuando sabe que es el momento de su llegada, en la que participara como anfitrión junto con la experiencia de las manos que lo acarician. Espíritu entregado a la paciencia, para saber el punto exacto de la danza que harán el alimento y el fuego, movimientos del cuerpo que se aprecian cual la salida del sol, el mismo que anuncia la mañana puesta y lista para que la acariciaran, entre la bebida caliente que alienta y lleva a las labores del nuevo día que ya ha comenzado.

Cinco de la mañana, el frío abraza al viento, se moja el cuerpo con la reconfortante agua que abre los ojos, en un gesto provocado por el deseo de beber el café, llenarse de energía para arrancar el día y con él las labores en el campo, con el calor que acoge.

Cada detalle surge del amor y de la total entrega que, con sabiduría y paciencia, se tejen en la cocina, para lograr que el fuego milenario acompañase el lugar, que torna con destellos que se extienden en cada rincón, que son la luz y a la vez sombra de la cocción, entre el vapor que se festeja en el aire y el espesamiento que encuentra su perfecta medida. Existe la comunicación entre las manos y el alimento, que se encuentran en contacto desde su aparición, en un sentimiento que los mantiene enlazados y aviva cada vez que revive.

Se respira calma, mientras interactúa quien prepara el alimento y el alimento mismo que se lleva al cuerpo, pues su encuentro parte desde mucho antes; ha surgido desde el afloramiento y el contacto con la tierra.

Mientras los aromas se entremezclan, la tierra comunica historias y el soplo del viento acaricia el alimento, mientras lo siente y combina sus colores, provocados por la vibración del cuerpo humano dado a la atenta preparación que activa el canto cósmico.

A cada sabor se llenan los vacíos, que se instalan en el sueño, la mente, la memoria y el cuerpo. Los movimientos corporales van en ritmo con los sentidos del alma; así se expresa a través de la preparación, la entrega y el cuidado que la abuela tiene con sus seres amados.

El gozo de vida explora cuanto hecho se revela en la tierra; al caminar por los senderos, se riega el crecimiento cuando se acaricia el fruto y se acude al canto de su aparición; se sostienen, en medio del silencio, la contemplación y la paciencia, los colores que acompañan al día y la noche, mientras se espera que germinen los nuevos frutos.

Para cada hecho un tiempo, un espacio y un aprender que se comparte; se gesta la tierra en las manos, mientras se cultiva; así se condensan para crear una obra artística que fluye desde ella hacia las aréolas solares y los hilos de la lluvia. Todo se crea en el aliento del fuego y el agua.

Los suspiros vienen y traen el fuego en sus manos, leña que vierte los sentidos del compartir y las sensaciones de alivio del instante. Cada tanteo cubre la leña, mientras reposa en la espalda para emprender la marcha y a cada paso recorrido, el hombre, compañero de camino, se traslada entre memorias y recuerdos hacia su hogar.

Reposan en el fuego historias que gestan sentimiento; hay un momento de espera, cuando los recuerdos se contemplan, las soledades vienen a ahondar el alma; entre suspiros, las corrientes engalanan el cuerpo, su fluir penetra el silencio y más allá se escuchan las voces de tiempos pasados que, como cristales, emergen del fuego, fijadores echados en las cenizas y en el polvo. Circula por los aires el tejido cósmico. El tejer es como un sueño que abriga, el abrazo que va a esperar para cuando vinieran las distancias. En el instante de la labor se purifican los silencios, se trazan los caminos del amparo y se vierten sobre él lágrimas y alegrías, que el viento lleva y trae consigo.

MISTERIO

Al fin ese día cubierto de neblina sabría del encantamiento que moraba en el lugar; se divisaba ya entre los caminos el misterio que envolvía la tarde en horas venideras; un viento ingente y texturas verdes parecía que brotaran de entre los polvos de la tierra; llanos espesos cubrían las palabras del caminante y el andar que convidaba a los silencios del mágico lugar.

Manos en la inmensidad de las semillas, rostros puestos en la cosecha, árboles que en su aleteo traían los cantos mágicos del viento, imprevistas acontecían las miradas que daban vistazos de curiosidad..., poco a poco se acercaba el lugar.



Figura 5. Capilla.

Algún morador enlazaba palabra con emoción para acompañar el recorrido que llevaría a la capilla; un hombre alto y de amable aspecto ha acompañado el camino y se fundía con el silencio en pausa de su voz: se deben escuchar el espacio, los espíritus, ese latido que emerge de la tierra.

La clara palabra de Ernesto sabía precisar el verbo en la sorpresa y, en su narrar, de la memoria se desgranaba la historia de El Niño de los Santos Reyes:

—Fue en 1850 cuando Natividad Cantuca, un seis de enero se encontraba en el Río Mijitayo; en las vísperas de aquel día una fuerte lluvia cayó en el lugar, el río había crecido

más de lo normal; sin embargo, Natividad ahí se encontraba lavando las ropas, cuando, en su mirar impreciso, notó la presencia de una extraña, pero bella, imagen que llevaban las aguas agitadas del río, que ella recogió y, envuelta en su chalina, metió en su canasta; pensó: “Este muñequito para que juegue mi guagüita”.

Ya de regreso a casa, el sacerdote de la comunidad, Francisco de la Villota, se percató de la imagen y le dijo:

—Te has encontrado lo que, en este preciso momento, bendigo como El Niño de los Santos Reyes. —Desde ese entonces, al Niño lo llevaron a una capillita, a la que ahora Ernesto se acercaba. A ritmo de encantamiento y misterio, con el ansia de contemplar la imagen, ante la que todos los lugareños acudían, con fe, a su contemplación.

El camino fue abriéndose paso; algunos gatos, con sus ojos de misterio, palpaban el arcano por descubrir, y los perros, con su ladrido, daban la bienvenida; allí estaba la capilla, apenas una poca luz del día alcanzaba a rozarla; olor a incienso y flores en que se refugiaban las súplicas; llamas que desprendían sombras, situadas alrededor del Niño Santo; su forma contenía una gran profundidad y en su expresión una calma infinita.

En el lugar sesteaba el silencio, compuesto de sentires, gritos acallados y fervientes pensamientos; lugar extraño, sombrío, que alberga en su seno ruegos, súplicas, gratitudes.

Así, los pasos descubrieron, aquella tarde, ese insólito espacio del misterio y el recuerdo.

SOL-EDAD ESPERA

Verdes formas y texturas se alzan ante los ojos, entre piedra y polvo van los caminantes de la tierra, el agua que riega los sembrados pronuncia el vuelo de la media tarde, los árboles danzan a ritmo de tormenta, pronto llegaría, para los caminantes, el rojo sol que bordea las montañas, patas que rasgan sobre los tejados y hacen ecos. De trecho a trecho se descubren las casas.

Después de un brillante cielo, el final del día abrasa el agua de los cielos, la tranquilidad cunde en el lugar, la aparición de la noche recoge el viento y a su paso las hojas en la inmediatez del tiempo; hay lluvia y las puertas invitan a seguir, el riego de la lluvia en los sembrados, huele a noche, a estrellas de cielo colmado, se exponen en el paisaje las sombras de lo que el día ha dejado.

Por un momento parece que surgieran voces, vienen con rostro de árbol, de gatos sigilosos y sombras que vagan en constante ritmo telúrico; al descubrir algunos pasos, alguien invita a escampar, es una voz cálida que trae algo de tomar, en la acogida de su mirar resplandece la inquietud de la noche que entre la penumbra se convierte en el refugio; tras varios bocados de café, teje su historia, se entrega mágicamente a la noche, habla siempre con fuego en su boca para referir aquello que le venía a la memoria.

Afuera chispean los charcos; entre tanto, Emma, al recordar tramos de su vida, entre el aroma de amor nombra en cada aliento la alegría y en sus labios también se saborean las nostalgias, pues la soledad que habían traído los años marcaba en su garganta un tono color noche.

Cuando Antonio miró en los ojos de Emma la misma luna creciente de verano, supo de la aurora de los días, mientras Emma desde su silencio gritaba las risas de su corazón en cada latir y, al seguir a su sentir, se habían entregado al amor, un gran festejo había consagrado su unión, acompañado de música campesina, llegada desde la madera rodante de la montaña, y comida y chicha se habían compartido para acompañar los bailes.

Al reunir madera, con el tiempo construyeron su hogar rodeado de plantas, cultivos, animales que serían los guardianes de su interior, y aprendieron día con día las labores que el amor y la contemplación saben hacer.

En las manos de Emma moraba un saber, cual si la tierra le revelara sus secretos, ella lo cuidaba y guardaba a la vez con sus espíritus, los mismos que en la noche sucumbían a veces por las raíces y en la extrañeza de la penumbra aparecían entre las plantas y entre los animales, tales como guardianes de los cultivos, al cuidado del interior y el exterior de la casa, marcados invisiblemente por la misma tierra.

Se divisaba, en la sala de Emma, un altar construido con flores a la luz de un par de velas que proyectaba las fotografías de sus padres y de Antonio; toda la estancia se llenaba con la palabra de Emma, su alegría penetraba en cada rincón de la casa, sabía de las presencias espirituales que la acompañaban y de su cosecha, su perro y un par de gatos que deambulaban por allí. Su fogón siempre brinda calor, mientras las brasas preparan el alimento que aloja al visitante. La lluvia ha tejido en la noche una conversa, un paisaje de raíces que ha aromatizado los instantes, yerbabuena, cedrón, limoncillo, toronjil, cada uno acompañan el cuerpo y el espacio.



Figura 6. El rostro de soledad.

Viene la noche en constelaciones
Al lugar del fuego y la imaginación,
Es el instante del sueño entregado a la penumbra.
La noche ha traído el lenguaje calado por la luna,
Mientras la lluvia que mora en la memoria

Congrega a los espantos impalpables

Y el soñador recorre su hogar

En el giro de la tierra que yergue la casa

En las estrellas.

Noche, larga noche fundida en el estremecimiento de la palabra: Emma, lluvia, canto, montaña, cuando de pronto se conoce el universo en la sustancia de la memoria, noche entre-abierta cuando la media tarde invita al misterio, apertura de la noche cuando riega su entrega y se integran los ritmos del soñador.

CAMINO

Juan corría por los pastos, sostenía en sus manos un avión de papel que con la brisa y el soplo ganaba vuelo, no tan lejos de su casa saltaba sobre cercas caídas, su rostro penetraba en el paisaje, pequeñas montañas de piedra se le travesaban en el camino, caían sobre su cabeza secas hojas desprendidas de los árboles.

Seguía con sus saltos, cubierto de tierra acariciaba al perro negro que se ha asomado y creía entrar en el juego, agitados sus dos cuerpos continúan ahora por los sembrados de maíz, no cesan, aceleran el ritmo y se sumen en la alegría y la despreocupación del tiempo.

Pasan así horas, Juan fija su mirada en la montaña, decide alejarse poco a poco de su casa y junto al perro emprende camino; de paso, atraviesa el caserío, están las cosechas, algunas calles, los hombres de ruana, va la mujer cargada con sus leños.



Figura 7. El juego de Juan.

El polvo sube; Juan, que anda a lo largo del viento, pronto se encuentra al inicio de la montaña, se desliza con pausa y por el camino encuentra a un hombrecito, está casi todo cubierto por un enorme sombrero gris, junto a él la chorrera que caía al brillo del sol, en su honda agua ritmos de tambores y flautas le traían a los oídos una música estremecedora, su cuerpo bañado en esas aguas y el dibujo que traza el misterio de aquel momento pinta, además, un gesto de encanto en el rostro de Juan.

Bajo el influjo del misterio, acogido en el lugar, se conocían las palabras de las piedras, de las hierbas, de la misma agua que parecía que cayera de las manos de un dios, mientras algunas nubes armaban el cielo a fin de acomodarse entre los bordes azules que entintaban a media tarde.

Entre el oasis del día, Juan percibía el camino por recorrer, dejaba el encanto de la chorrera, subía de continuo, su cuerpo algo cansado lo lleva a reposar en los ondulados llanos. Sed, bebe el agua de un pequeño charco que había estancado algo de lluvia del día anterior; apoyado en un tocón toma aliento para seguir, sus pasos lo llevan hasta un gran deslizamiento de tierra que parecía configurar una imagen santa.

Los ojos de Juan divisaron el camino de regreso, bajó, corrió hasta llegar al parquecito; mientras jugaba, el sol parecía ocultarse, el pedazo de tierra deslizada de la montaña desaparecía, los ruidos del día eran menores y todos los hombres de regreso a casa.

—¡Juan!, —le gritó su madre.

ESPACIOS

“Una casa erigida en el corazón / Mi catedral de silencio / Reanudada cada mañana en sueños / Y cada noche abandonada/ Una casa cubierta de alba / Abierta al viento de mi juventud”.

Jean Laroche

Un chubasco caía frente a la casa de Virginia, el espacio expresaba la palabra de la tierra; parecía que se entendieran los cuidados que ella le hacía tanto del exterior como del interior; los seres que la habitaban siempre en ánimo protector recorrían sus rincones y la limpiaban de todos los males que pudieran acechar.

Rodeada de tierra se hallaba esa casa; los espíritus que la cuidaban se mostraban en diversas formas, con los sembrados que en el regazo de la tierra crecen y los animales que sin límites la moran, van y vienen sin premura, cuidan en la serenidad del tiempo, forman parte del tejido común, de espacios que se comparten y que, a su vez, albergan los sueños de cada uno.

La casa también hospeda; llegan extraños en busca de historias y los acoge, empieza a narrar desde sus espacios y emplazamiento; afuera, rumiantes e insólitas, pinceladas manchadas que se trazan en su ser, unas vacas fijan la mirada en el páramo como si ignoraran el tiempo en la apacible pose de sus patas y la levedad del viento.

Los visitantes miran en rededor de la casa sin comprender aun los límites invisibles, ni las puertas imaginadas que aparecen en la sospecha del movimiento, pero se sienten protegidos, hay una atmósfera que se presiente custodia, los cercados la circundan y resguardan los alimentos que crecen. Aparece el *chutún*, protector de la shagra, que paciente resguarda los sembrados, mientras asume diversas formas corpóreas; Virginia ha sembrado próxima una planta de guanto que, —dice—, aleja las malas energías de la casa y otras plantas medicinales, que corta en luna creciente, con aromas que se desprenden a la madrugada.

Los visitantes entienden que la shagra es vida y que su circularidad orienta el quehacer del día a día; allí surgen los alimentos para el cuerpo y para el espíritu, lo que constituye un espacio donde se albergan las energías de la naturaleza y el calor humano, que conforman un afecto de sentir recíproco; Virginia enseña a sus pequeños, Paula y Martín, a cultivar la shagra, tanto en sentido práctico como espiritual.

En la puerta imaginada, se encuentra recostado el perro que da la bienvenida a los visitantes, inquieto camina con el vaivén del viento, con la hierba comienza a jugar; su cola toca la pierna de uno en busca de una caricia y acerca más y más su cuerpo a las manos, se estira y, de faz al sol, se vuelca en la tierra; animado y algo agitado, no escatima en su rodar, se confabula con la arena y su pelo se enreda en las grietas.

—¡Lucas!, —lo llama Virginia, para que permita la entrada; otro chubasco cae y, esta vez, abre la puerta, que permite oír los rincones de más adentro de la casa.

Al estar ya en la cocina, los visitantes se envuelven en un cálido espacio, perciben aún más esa intimidad con que la casa alberga en sus rincones, le caben todas las memorias que la han habitado y evoca en sí misma la alegría y las nostalgias de todo lo que la compone, traza silencios, risas, penas, es un lugar que también exhala; ahí están las *curiosidades estéticas* que permiten descubrir las historias que se cuentan por medio de las grietas, de los tejados, de la tierra, de los objetos arrinconados, evidencias de quienes vivieron su interior, que ahora son desde las cosas que eran y crean su reflejo.

Fragmentos de madera entran a habitar, los muebles, las sillas, las bancas, los armarios, que llevan a la casa sentires de árboles. En la cocina, el humo del fogón envolvía una y otra vez las paredes en la bruma, dibujaba en ellas rostros efímeros y abstractos. Las ollas de tizne burbujeantes calentaban el alimento; una banca servía a la quietud de Virginia mientras contemplaba la cocción; en la mesa, un canasto de pan y frutas, y la leña acompañante de las frías mañanas.

Por una pequeña ventana apenas se asomaba la luz mañanera; el piso rechinante despabila cuando los visitantes se dirigían a la sala; colgantes en las paredes rostros ausentes, proyectaban historias, partícipes del acontecimiento diario que acompañan en su corporalidad difusa, al trasluz toman aspectos que impregnan el sentido del vivir, van captando del día los colores y del aire el humo que los avejenta en su eternidad; Virginia desempolva las fotografías, en el encuentro de sus manos con el rostro infinito.

Vengan eternos los rostros
Entre cristales vaciados de ausencia,
El instante plano salte hacia el espacio,
Pierdan los rostros su geometría
Bajo la vigilia de las manos.

Paula y Martín juegan en los espacios de la casa, sus voces se mezclan con el ambiente, siguen despreocupados; la casa se desplaza en el tiempo, le caben pasos, voces, historias, trae consigo la placidez del despertar.

Luego de almorzar, los visitantes y Virginia salen; ellos parece que se van y la mujer, con un gesto cariñoso, los despide agitando su mano, que se ve en el camino.

MEMORIAS

“¡Oh nostalgias de los lugares que no fueron bastante amados en esa hora pasajera! ¡Cuánto tiempo quisiera devolverles de lejos el gesto olvidado, el acto suplementario!”

Rainer Maria Rilke

Convencido de su calma, con paso lento Elías continuaba; pausó un momento para sentir el común olor a café que se desprendía en las tardes y la soledad que, desde hacía algún tiempo, lo acompañaba; mientras posaba su mirada en cada detalle del paisaje, le emergían nostalgias que ceñían las ausencias y los abrazos no dados; un ritmo del viento hizo, de forma leve, que abriera los párpados y el aliento.

Justo en el momento de la procesión, lo sacudió un leve torbellino pulverulento que causó un temblor en sus gestos; era un 28 de mayo; los peregrinos continuaron con su paso sin siquiera percatarse de su presencia; iban con la imagen de la Virgen, a aquellas fiestas religiosas que le traían a Elías el triste y hermoso recuerdo de Cecilia, que había sido gran devota de esa Virgen y con su ferviente amor le entregaba toda su fe en sus ruegos de auxilio para que pudiera vivir unos días más al lado de su familia y de toda la comunidad, donde había crecido y vivido hasta el día de su muerte.

Elías, pese a sus años de mayor, aún seguía siendo el fuerte hombre, que labraba la tierra; su rostro, lleno de memorias y marcas de los días, había tejido en él historias que con celo guardaba en su profundidad; su energía era como la de un sol naciente, aunque en su corazón cabían las grietas que la soledad había formado; de sus dos hijos, Ignacio y Rafael, cada uno había seguido su camino, ya no permanecían junto a él, porque ahora tenían vidas en lugares lejanos. Lo acompañaban los instantes de felicidad que aguardaban en su memoria; todo su cuerpo hablaba.

Sacudió su rostro; lo lavó una y otra vez con sus manos en la contemplación del tiempo; prendió el fuego y, al calentar su cuerpo, se echó a reír; una carcajada envolvió por completo el lugar, al hacerse eco de su aliento; aquel gesto, que parecía haber sujetado en el alma durante muchos días, al fin se desprendió y, con ello, un alivio casi inmediato se mostró en su aspecto, en el que hilos de risa surgían de continuo.

Ahora, el espacio se prestó para que el viejo se internara en el pasado y desde allí contara; empezó a recorrer tramos del camino, logrando que pareciesen más austeros y concretos; rompía con su voz los silencios engastados en el firmamento, con la luminosidad del recuerdo; al ser las cuatro menos quince de la tarde, se sentó en un tronco leñoso fuera de

su casa, cuando un gran viento trajo consigo los cabellos negros y trenzados de su madre, que con voz ligera y tranquila le expresaba su amor.

En seguida, lo invadieron otros recuerdos que no cesaban de ser palabra; convertidos en canto aparecían unos y otros en el espacio silencioso, removían las fibras del latir; luego, cayó un aguacero, que vino a revelarse en la mirada de Elías y le produjo una mezcla de torbellinos; cada imagen de su sentir se relataba.

Como si despidiera a la vida, con un último aliento alzó su rostro y, con una mirada de nostalgias, se levantó y continuó su camino a paso lento.

TIERRA DULCE

Una curva larga lleva hasta su bello horizonte, donde el sol se oculta con rojos paisajes; ahí se encuentra la tierra bella, la tierra dulce. En su centro, un templo de piedra despierta los sentidos e invita a adentrarse en el mágico lugar. Un brazo de montañas abraza el poblado, cobija de verde y de vida; todo en él es un espectáculo, un pequeño mundo de poesía, música y artesanía; de gente cálida, trabajadora y llena de esperanza.

“Sandóna es mi río y mi llanto,
Es mi recuerdito del campo.”¹



Figura 8. Calle principal.

Todo aquel que sale de sus delimitadas tierras desea con fervor volver a ellas, pues es Sandóna un lugar que atrapa, donde sus amarillas mañanas dan el impulso para iniciar el día; donde los aromas de café avivan recuerdos pasados, brindan conversaciones entre amigos, vecinos y visitantes.

¹ Mario Rodríguez Saavedra y Los Ajices. Sandóna es mi tierra.

Todos allí pueden llegar, reencontrarse con los padres, los abuelos, los amigos, la infancia recorrida en calles, llenas de sombreros de paja; corredores de juegos y de arte se deprenden como bienvenida a casa; todas las calles llevan a su centro, donde la piedra de mil formas se transforma en belleza, grandeza arquitectónica irreal, fruto de manos sandoneñas; una iglesia que deleita solo al mirar, llena de emociones y secretos: su aire fresco, sus sabores de caña, dulces de panela; sus pasteles de yuca, una descarga de sabores.

Llegar es tejer sueños, es tejer pajas para convertirlas en ilusiones; llegar es bailar con las trompetas de esta tierra, sentir la brisa de su cascada, caminar por sus verdes pastos, sentir.

“Donde las trompetas y las guitarras
Son nuestras almas, ¡carajo!”²

Azul inmenso, no se cansan los ojos de verlo; azul que muere para darle vida a la noche clara de estrellas, noche de ruidos, de grillos que llaman a descansar; noche de paz, descanso de los jornaleros de sus campos; descanso de los afanes de las mujeres y los niños de sus juegos.

“Aquí en mi tierrita, yo espero
A la puerca muerta bailando...
A la puerca muerta bailando.”³

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

DÍA DE JUNIO

Es un día más, un día soleado, como cada día de las vacaciones; Ricardo está, con su hermano menor, sentado en el corredor de la casa grande, aquella donde todos los niños de la cuadra se reúnen a esperar que el grupo se agrande para empezar el partido, pero hoy todos están un poco demorados; el negro tuvo que lavar el patio, el chino está castigado por haberle pegado a su hermanita y los Basantes tienen que ayudar en los oficios de la casa; parece que los minutos pasan más lento y la primera gota de sudor se acerca, aunque aún no hubiera iniciado el partido.

Ricardo toma la iniciativa y tira el balón al cielo, como si intentara con ello tapar el fuerte sol; solo es cosa de segundos para que los chicos escucharan ese sonido que los invitaba a la calle. En medio del partido, después de gritos, peleas y un par de llantos, se acerca un gran camión, de esos que hacen temblar las calles llenas de piedras, y empieza la gritería:

—¡Una cañita, una cañita, unaaaa! —Esa gritería hace que el conductor baje un poco la velocidad, para que los cañeros, que van en la parte más alta, empiecen a tirar algunas cañas desde lo alto; unas caen con fuerza y golpean a los chiquillos, que corren y piden con desespero; otras caen en el jardín de la casa grande, donde se habían sentado el chino y el negro a picar las primeras cañitas que ya habían recogido...; una y luego otra y otra y, cuando ya han terminado, la lengua y la boca les ardían como si en ellas tuvieran dos grandes heridas; ya es medio día y ahora se siente la presencia de una fuerza que sale de las entrañas; todos giran su cabeza y fijan la mirada en la casa de los Basantes, desde donde la mamá muestra esa fuerza magnética que, con solo llamar a uno de sus hijos, logra que los dos salieran corriendo, como si se acercase el fin del mundo. Ahí el juego cambia de rumbo, pues ya es la hora de almorzar y los niños van a dejar los corredores y las calles para volver a sus casas, llenas de oficios y trabajos que los esperan.

Ricardo vuelve a su casa con su camiseta roja, toda llena de tierra y sudor; su madre lo regaña y lo envía a que se bañe de inmediato, pero su distraída mente lo lleva a que pierda la noción del tiempo, pues se ha subido en el “zarzo” y revisa unos cuadernos viejos de su padre; tantos tesoros había en ese lugar que, en el día, era una cueva misteriosa y, en la noche, era tan terrorífica que quitar la escalera era la mejor opción, “no vaya a ser que se bajara alguien de allá arriba”; eso era lo que siempre pensaba Ricardo cuando terminaba de jugar en el techo de su casa.

Cuando baja de ese lugar, ya lo esperaban dos bultos de arveja, que debía desgranar en colaboración a su madre, que saldría a venderla a la plaza, pero no era ese su pasatiempo favorito; hacerlo no era para aliviar el castigo del día, pues solo lo alentaba el hecho de que sabía que, cuando terminara, la colina que quedaba bajando su casa lo acogería para un nuevo juego de aventura en la oscuridad de la noche, con todos los chicos de la cuadra, y

así la luz del día se perdería en la lluvia de estrellas y un río caudaloso de risas y juegos en una noche de junio.



Figura 9. Calle de verano.

MISTERIO DE EL GRITÓN

Cuenta papá José que cuando él era solo un niño, de unos siete años, su mamá lo mandó desde el Guáitara a dejarle la comida a su papá al trapiche, que quedaba en San Bernardo; esos eran caminos estrechos, por donde una bestia pasaba muy de vez en cuando, así que el camino se cerraba y tocaba cargar el machete por si alguna culebra aparecía.

A mí, que era un niño más bien juicioso, me gustaba ir a donde mi papá, porque mientras él comía, yo me iba a mirar cómo hacían la panela y, de paso, a comer un pedacito de punto, pero ese día mi mamá me mandó a dejarle la comida a las cuatro de la mañana; ellos trabajaban todo el día y toda la noche, por eso la comida era, en la mañana, el desayuno como a las diez; al mediodía, el almuerzo; el café de las dos de la tarde; la cena de las seis y la merienda a la madrugada; claro que descansaban, pero dentro del trapiche; mi papá no iba a la casa en cuatro días; luego, iba tres días y regresaba a su trabajo, pero, bueno, esa madrugada estaba muy fría, las matas me mojaron el saco y yo iba cumbambeando de frío; me pareció que si corría un poco me iba a abrigar; entonces, empecé, pero cuando más rápido corría, más sentía que algo se me acercaba.

Entonces, paré un poco, agarré duro la griga y empecé a oír los sonidos de la montaña: chiflaba el viento y los árboles se movían para un lado y para el otro, pero, de repente, un grito fuerte, que desgarraba, se escuchó muy cerquita de mí, tanto que parecía que lo oía en mi espalda, así que gire rápidamente y, como no vi nada, eché a correr y, luego, sentí que el grito se iba alejando más y más; entonces, paré y solté el aire que me estaba paralizando por dentro; me agarré las rodillas, que ya estaban temblando y, cuando alcé la mirada, ahí estaba.

Era una calavera grande, como de dos metros, oscura, fría y tenebrosa; eso fue lo último que recuerdo; me levanté al otro día al lado de un chorrito de agua, más abajo del camino, fui corriendo al trapiche, preocupado por el castigo que me daría mi papá por la demora con la comida, pero cuando llegue allá todo estaba normal, la hora era la correcta y para el resto de la gente no había pasado nada; ahora, solo yo sabía que El Gritón me había sacado del camino y me había dejado tirado, asustado..., pero vivo.

TAZA DE CAFÉ

Invitados para un café, se ha llegado hasta allí, a esa calle abandonada, donde las piedras ruedan y abaten cuerpos, en una pendiente ruda y desafiante que nos ha llevado a su casa.

Nos invitan a pasar al salón, ese salón tan grande como para una fiesta o para un funeral; el espíritu allí es un poco escalofriante, con las miradas de esas enormes y, a la vez, pequeñas figuras de barro, que invocan tiempos pasados; esos jarrones grandes, que resaltan en torno, de ese altar que intimida al visitante, pero su sonrisa tranquila nos recuerda que todo está bien y la voz de él, más fuerte y dominante, habla con orgullo y dice:

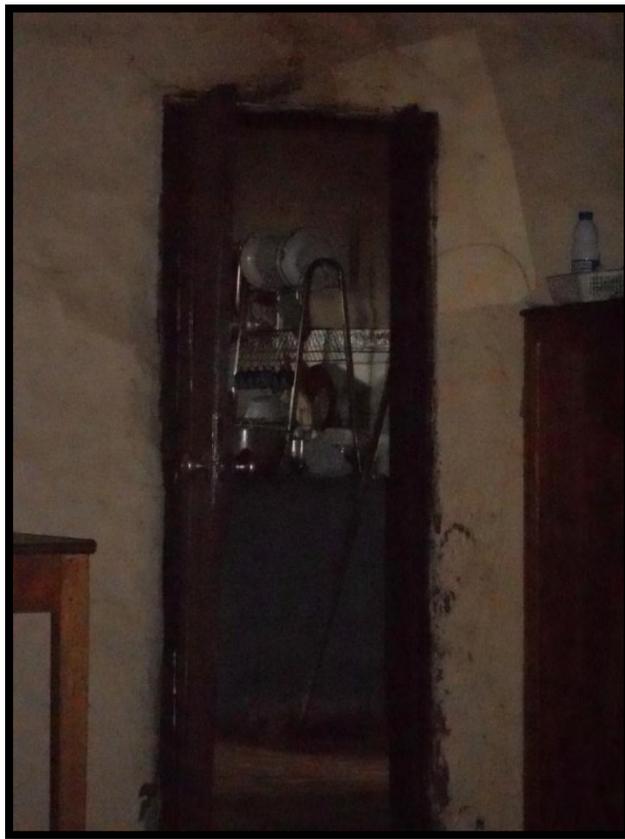


Figura 10. Rincón de encuentros.

—Son infieles, hechos a mano; estos no son copia, son originales de la tierra, —y lo dice con un tono altivo, casi en una exclamación, para que apreciáramos su importancia.

Adela, que así se llama, nos lleva rápidamente, bajamos unas escaleras y nos sumergimos en lo profundo de su hogar; ella nos lleva a la cocina, a su cocina, donde las anécdotas, acompañadas de leves sonrisas, suspiros y un par de lágrimas, empiezan a florecer; un par de escalones más y sonidos de chillidos comienzan a oírse; son los cuyes que anuncian la llegada de alguien nuevo a la casa.

Con mucho cuidado, buscamos el mejor lugar para sentarnos muy cerca a la hornilla, tal vez para abrigarnos un poco; los animalitos se calman y, tras unas cuantas palabras, olvidamos que estaban allí. De repente, dos aromáticas tazas de café están en nuestras manos, calientes, humeantes y oscuras. Y así empieza su historia.

Adela, ¡cuánta vida en una sola mujer, de ojos cansados, grises, bellos; cuántos sueños, historias, vidas diferentes en un mismo ser!

—Yo perdí uno de mis muchachos cuando solo era un niño de un par de años; mi William era un niño muy callado, juicioso y, además, fue el único que tuvo ojos claros y piel blanca, como mi mamita; él era uno de mis hijos mayores, lástima que miró al diablo a muy temprana edad; ese fue un día como cualquiera, salía a trabajar y, en la casa de junto, habían dejado una piedra grandota, que los niños usaban como muralla para jugar; mi niño salió detrás de mí para irme al trabajo, pero, en la puerta, él se detuvo a observar aquella piedra; cuando regresé mi vista miré sus ojitos paralizados, aunque nunca con llanto; entonces, lo llamé un par de veces:

—¡William, William! —y, de repente, aparece detrás de la piedra un perro muy grande, que lo miraba con ganas de devorarlo de un bocado; entonces, corrí por el pequeño, no vaya a ser que lo quisiera morder, pensé en ese momento, pero el perro estático solo observó la escena y se marchó; ni siquiera supe por qué parte salió. La noche fue larga, el niño se asomó, no pronunció ni una sola palabra, no comió, no durmió y, con el fin de la noche, también llegó su último suspiro. —No se pueden explicar algunas cosas, no se puede describir la tristeza que sienten las madres que han perdido un hijo; hay algunas historias que no necesitan explicación.

MEMORIAS DE UN ESPEJO

Pasó hace ya más de 40 años; fue un día sábado, fue un día de lluvia desde el amanecer; ellos eran nueve hermanos; con una familia tan grande que mantener, los padres no permanecían en casa porque el trabajo no daba espera; María trabajaba como comerciante de verduras entre varios pueblos vecinos, mientras que Nando, como se lo llamaba de cariño, se dedicaba a la construcción.

Ese día, los dos salieron desde muy temprano, el sol ni siquiera asomaba en la montaña; los hermanos mayores repartían los oficios entre los hermanos menores, para que los quehaceres se terminaran a tiempo, antes de que María regresara de su duro trabajo; desde los más grandes hasta los más chiquitos tenían su función y, como ya la hermana mayor tenía tres hijos, también ellos debían ayudar; las funciones se dividían siempre en cuatro, para los que cada semana cambiaban de lugar; en la cocina, era un grupo de mujeres, por lo general de las mayores, que lavaban la ropa y podían incluir a chicos más pequeños, pues el trabajo con el agua era algo más divertido; el aseo de la casa y el huerto era algo más para los hombrecitos de la casa y, por último, estaban los que iban a trabajar con papá y mamá, lo que también era un trabajo bastante difícil y, bien, este día no era diferente de los demás, ya había amanecido y los chicos empezaban sus labores.

Vivir en una casa tan grande y de familia tan numerosa tenía grandes ventajas, pues la unión familiar nunca pudo ser mejor; discusiones había a diario, pero nunca lo suficientemente fuertes como para que un grito de mamá no las solucionara.

La casa estaba ubicada en aquella pendiente, justo a mitad de la cuadra, y en la esquina quedaba ese lugar “de las niñas”; así llamaban al lugar donde trabajaban las prostitutas del pueblo, en dos cuadras completamente llenas de mujeres; la verdad, solo eran dos bares llenos de habitaciones, pero cubrían las dos calles completicas; siempre se ha dicho que para ser un pueblo tan pequeño tiene prostíbulos muy grandes, pero, en fin, tener la casa de mamá María tan cerca a estos bares traía ciertos inconvenientes, en especial los fines de semana, que era el momento cuando todo se convertía en caos.

Se escuchó muchas veces que ahí habían matado a machetazos a mucha gente; los vecinos siempre contaban que habían visto sangre que corría por las piedras de esa calle, pero en la casa de María nunca se vio algo que asustara lo suficiente a la familia como para que saliera de su casa.

Los sábados, día de pago a los jornaleros, trapicheros y algunos albañiles, los bares abrían desde las seis de la mañana y los borrachos empezaban a bajar por el frente de la casa desde las diez de la mañana; ese sábado tenía algo de particular, pues ya eran casi las tres de la tarde y donde “ las niñas” aún estaba un poco vacío; Carmen, una de las hijas menores de Nando y María, jugaba en el corredor de la casa; de repente, un hombre pasó corriendo junto a ella; el susto no la dejó moverse, cuando vio que detrás de él venía otro hombre, que llevaba una botella de aguardiente en sus manos y, al ver que no lo alcanzaba, le tiró la

botella, con tan mala suerte que cayó sobre una piedra, frente a Carmen, y una esquirla del vidrio fue a chocar contra su pequeño rostro, de tan solo cinco años, y la sangre haría notar el alcance de esa desdichada tarde, cuando su rostro quedó marcado con la cicatriz más triste de un rostro inocente: ¿quiénes fueron?, nadie vio; ¿cómo pasó?, nadie lo sabe, pero, para Carmencita, ese sábado cambió su rostro por sangre y su niñez por miedo.

Hoy recuerda ese día como si hubiese sido ayer, pues, cada vez que se mira en un espejo, ve el recuerdo que pasa por su mente una y otra vez.

15 DE MAYO

Diez años de vida. Como era habitual, ella dormía junto a su madre, quien la despierta, esta vez un poco más tarde, pues son las fiestas de la Virgen de Fátima, la patrona de su colegio; hoy no entrará a la misma hora; de hecho, hoy no sabrá cuándo terminará el día.

Se baña, se cambia; su madre le peina sus cabellos largos y negros, la acompaña y la deja justo frente a la puerta.

La madre regresa a su casita para organizar todo cuanto podía, la cama, la ropa y algo rápido para desayunar; poco después, sale de ahí para visitar a su madre, a la casa donde la niña había vivido sus nueve primeros años; allá todo era más grande: la sala, la cocina, la familia; esa mañana estaban reunidos frente a la hornilla y tomaban café, su hermana María y el esposo, su hermano Fabio y un par de amigos.

La niña llega al colegio, al quinto grado, donde llaman lista todos los días, dicen la oración de la mañana, un juego rápido y llega el momento más esperado, el desarrollo de la programación por las fiestas del colegio: hoy habrá danzas, habrá cuentos, música, risas, juegos, hoy será un lindo día.

Los niños salen al patio; el himno retumba en la primaria, por los que cantan fuerte; la bandera de Nariño ondea de un lado a otro bajo el sol radiante de la mañana, mientras la niña se sienta junto a su grupo de amigas, donde observarían todo lo que allí va a pasar. La Virgen de Fátima, hoy, con un vestido hermoso y su linda corona, llama la atención de las niñas; en fin, lo llamativo empieza con la bienvenida de la Hermana superior; después, unas lindas danzas, pues las señoritas de bachillerato se esforzaron mucho por lograr bellas coreografías.

La niña, Ana, mira todo con asombro; la música y el baile son sus pasatiempos favoritos, aunque el teatro llama mucho su atención; Ana está ansiosa que llegase el momento de bajar al Salón de Actos, para ver la obra de teatro, pero anuncian por el micrófono que, al finalizar las presentaciones realizadas en el patio central, las muchachas del once van a realizar un experimento: será la representación en miniatura de una erupción del Volcán Galeras, con juegos pirotécnicos y fuegos artificiales; así lo anuncia la monja. Sus compañeras se paran alrededor de la cancha, siempre adelante, por ser las estudiantes de primaria; las más grandes se ubican un poco más atrás; Ana no es muy buena para ver los fuegos artificiales, pues le dan mucho miedo, así que decide llevar a su amiga Ceci a la parte de abajo del colegio, donde se presentaría la obra de teatro; deciden llevar los bolsos de varias compañeritas para ubicarlos en las primeras sillas y así poder apreciar bien el espectáculo.

Sin embargo, la simulación de la explosión del volcán continua; el volcán era grande, pues casi le llegaba a Ana hasta la cintura; tenía a su alrededor unas casitas hechas de cartón,

también árboles y algunas figuritas de soldados. El profesor se acerca y deja caer la gota química (ácido sulfúrico) y así comienza a explotar el volcán.

En la casa de su abuela se oye un estruendo muy fuerte; todos se levantan de la cocina y salen a la calle a ver qué era lo que había pasado; algunos vecinos señalan un transformador de la energía, pero no se puede ver nada; de repente, alguien, en la esquina de la casa, grita:

—Es una pipeta de gas, que explotó por el colegio de las monjas. —La mamá mira a su hermana María con honda preocupación y grita, en seguida:

—¡Ana!... —El esposo de María baja de su moto un canasto que llevaba y, rápido, allí se suben Lili y Andrés, que salen y van en busca de la pequeña. Al llegar, una cuadra antes del colegio, una multitud impide el paso, la gente grita, llora y empieza el sufrimiento.

Ana está sola, con Ceci y tres o cuatro niñas más, que no conocía; una profesora, de pie en la entrada del teatro, les grita:

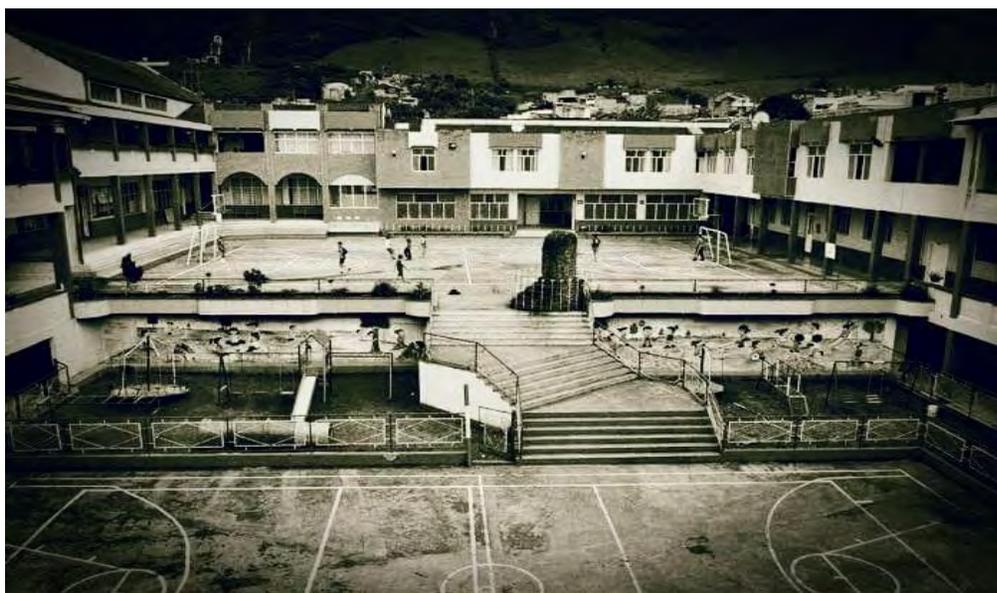


Figura 11. Colegio de Nuestra Señora de Fátima.

—Salgan, corran; cuidado los vidrios que caen en su cabeza. —Ana corre, como nunca lo había hecho; sube gradas, tantas como pueden sus cortas piernas; se detiene al llegar al patio central y esa imagen jamás se volvería a borrar de su mente: arriba, todos los cristales rotos; caen vidrios, como si lloviesen en una tempestad; hay mucha sangre, que se escurre hasta el sifón en el centro del patio, y una masa de humo que enceguece a la temerosa niña. Cuántas respiraciones hondas, mientras piensa en su prima, la gordita, que apenas estaba en el kínder y empieza a correr por en medio de las niñas que estaban tiradas, la busca; entonces, una de ellas la toma de su zapato blanco y le dice:

—¡Ayúdeme! —Ella mira su zapato rojo y grita:

—¡Ayuda, profe; ayúdela! —Las lágrimas ya empiezan a aparecer y siente miedo, pero sigue su camino; observa como las banderas servían de camillas improvisadas, también los pupitres; hay muchas niñas tiradas en el piso, que sangraban.

—A Nasly la llevaron en una de las banderas, no recuerdo cuál; solo sé que lo rojo de su sangre y la herida en su estómago turbaron mi mente y quise huir. —Entonces, Ana baja nuevamente unas gradas y, junto a los columpios, ve que ahí estaba sola su prima, la gordita estaba ahí; la toma de la mano y decide salir del colegio; sube, atraviesa el patio, llega a esa puerta, esta vez atascada por una cadena de profesores, que impiden la entrada de la multitud y, detrás de un pupitre, en el que llevan una herida, las niñas salen; su abuelito está afuera y, con los ojos llenos de lágrimas, le da un fuerte abrazo y sonrío al ver su niña; Ana quiere a su mamá, la única que podría darle tranquilidad; le entrega su primita al abuelo y sale para su casa, por un camino marcado por la sangre; se detiene en el hospital.

Lili, la madre, grita, llora; alguien le dice que hay una niña herida, que es de su familia; ella no piensa en nadie, solo puede pensar que lo peor le ha pasado a su pequeña Ana. No le permiten entrar al colegio y la multitud hace que todo le resulte desconocido; lo único claro es que hay una niña herida y es de su familia y puede ser su hija, ¡qué dolor, que desespero!

En el hospital, hay unas cincuenta personas; Ana solo observa atónita el sufrimiento de los padres desesperados y que, junto a la puerta, alguien asoma la cabeza y repite su apellido un par de veces y piensa: pero la gordita está bien, la cuida mi abuelito: ¿quién más?, ¿quién puede ser?; 'Tavo, un primito de su misma edad, llora solo, junto a la puerta, y con un grito de auxilio:

—¡Mi hermanita! —Ahí Ana entiende que su prima Angélica esta allá dentro, pero no sabe qué hacer; se dirige a su casa, esta vez todo está borroso, el sol brilla fuerte, pero el polvo en las calles, levantado por la multitud, la confunde; camina cada vez más lento y solo piensa en su mamá, en su prima, en olvidar.

Ana se desmaya en la puerta de su casa; unos trabajadores de una construcción de enfrente la socorren y entonces llega su madre y se unen en un abrazo fuerte, profundo, como si sus cuerpos jamás se fuesen a separar; el dolor invade sus cuerpos; y si ella no estaba herida, ¿por qué le dolía tanto?, se pregunta Ana.

Ese día no acabo ahí, pues la compañerita había muerto y el velorio sería en el Salón de Actos donde se presentaría la obra de teatro, que tanto había esperado; la obra había resultado más triste de lo que alguna vez hubiera podido imaginar.

Su prima, junto a trece niñas más, estaban en un hospital en la capital. Ese día jamás va a olvidarlo; en pueblo tan pequeño, muchas familias resultaron afectadas y muchas niñas habían quedado marcadas, con cicatrices en sus cuerpos.

APRENDIENDO

Nació en 1935, en una familia de pocos recursos, pero muy unida; no podían enviarlo a la escuela, pues quedaba a varios kilómetros de su humilde casita, por lo que nunca se acercó ni a su puerta. Desde los seis años, ya ayudaba con los quehaceres de la casa, lavar los platos, las porquerizas o alimentar a los pollos; eran algunos de los deberes que cumplía el pequeño y, claro, acompañar a su madre cuando su padre no estaba (“no podía olvidar que era el hombre de la casa”).

Todos despertaban a las cuatro de la mañana; el café caliente abrigaba sus cuerpos antes de salir a sus labores; Alberto* y su madre se encargaban de todo lo referente a la casa, la comida, los animales, los árboles de fruta, que podían cultivarse; todo listo para cuando su padre, su hermano y su tío regresaran del trapiche.

El tiempo pasa rápido para un niño que crece en el campo, donde los días inician muy temprano en la madrugada y, así mismo, terminan a las seis de la tarde; el tiempo se pasa en el juego entre árboles y gallinas, entre ríos e insectos; los verdes campos, los frutos dulces forman hombres fuertes, guerreros y muy trabajadores. Así se formó Alberto.

En el año 1947, el caserío de la vereda San Bernardo era muy poco; las casas quedaban muy retiradas la una de la otra y los niños tenían tantas responsabilidades como los adultos, por los trabajos, para así conseguir algo de comida en el pueblo. A pesar de eso, los niños no tenían una mala infancia, pues podían jugar entre sus oficios; el agua, los árboles e incluso los animales eran compañeros de juego; la naturaleza brinda escenarios espectaculares para recordar, la libertad de descubrir caminos en medio de los matorrales, sorprenderse a cada paso con cada animalito, es suficiente para vivir una vida feliz.

A sus doce años ya tenía la edad para empezar a trabajar fuera de casa; su padre, que se llamaba igual que él, le dio un par de consejos antes de que saliera y lo llevó donde “los niños se convierten en hombres”, según él decía.

Conocer lo que, para ese momento, era un misterio, lo llenaba de miedos, pero, también, de ilusión y de satisfacción; todos estos sentimientos recorrían su cuerpo, pues ya era un hombre grande, capaz de trabajar, y su familia, y más que nadie su padre, se lo hacía saber.

—Yo estaba lleno de emoción, porque había llegado el momento de ir a trabajar, como mi papá; además, mi tío y mi hermano estarían allá; eso me hacía sentir un hombre completo, por eso cuando mi papá me dijo que me llevaría, la impresión no me dejó dormir. Aunque mi trabajo empezó por ser el más sencillo dentro del trapiche, lo hice con mucho amor y entusiasmo: tuve que lavar botellas, un trabajo humilde y que no requería mucho esfuerzo;

* Alberto Celis, 82 años, vereda San Bernardo.

lo único que debía cuidar era que no se quebrara ninguna de ellas, porque, si no, mi 'apá me mataba, pues él decía que hacer las cosas mal lo hacía quedar mal a él; ganaba ocho pesos, que no era mucho, pero mi mami podía comprar el pan con esa plata y, para mí, era más que suficiente. —¡Cuántos sueños se podían cumplir!, un deseo realizado; ¡cuántos hijos no quieren ser como su padre!, él lo había logrado y, ahora, era su momento: debía encontrar un lugar en el mundo, un sentido de vida, cumplir una ilusión.



Figura 12. En el trapiche.

—Después de un par de años, fui bagacero; ahí ya me pagaban un poquito más, pues, como ya era grande, entonces podía cargar peso y hacer cosas de grandes; solo fue cuestión de tiempo para que aprendiera los oficios de cañero, labrador, hornillero, melador, platillero y otros; siempre cambiaba de oficio, porque, a diferencia de mi 'apá, a mí me gustaba cambiar de trabajo, mirar otros paisajes y recorrer mes por mes el trapiche; de puesto en puesto rotaba, yo creo que era el único que lo hacía, porque los demás se pegaban solo en uno y ahí se quedaban hasta viejos. —Aprender el oficio de sus padres era la única educación que podían ofrecerle a sus hijos; enseñarles desde muy niños a trabajar, de forma

honrada; al dar la posibilidad de trabajo, se abrían las puertas para crecer; empezar su propia familia, algún día; los cariños y mimos no estaban muy presentes en la familia; al darles un techo y comida, se sobreentendía que lo hacían porque los querían; los momentos en familia siempre se daban alrededor de una comida, junto a la hornilla, y los domingos para ir a misa. Los mimos eran una función de las madres y no era para siempre, pues a los hombrecitos debían tratarlos como hombrecitos.

—Mi 'apá era bien jodido; no le gustaba que hiciera cosas mal; siempre repetía: “Las cosas se hacen bien o no se hacen”; él sí fue a la escuela y le gustaba leer la Biblia antes de dormir; creo que entre el trabajo del trapiche y el trabajo que había en la casa no le alcanzaba el tiempo para acercarse más a nosotros; mi hermano y yo no fuimos muy unidos, pero mi mamá, ella sí era pendiente a toda hora: que si comimos, que si llegamos o si fuimos, todo lo observaba. Ahora que lo pienso, el trabajo de la casa siempre fue muy duro para ella, pues éramos cuatro hombres y solo ella de mujer, mientras que en otras casas habían dos y tres mujeres y allí se ayudaban en los oficios. En fin, trabajé cincuenta y seis años en el trapiche; de ahí tuve la plata para criar mis cinco hijos y un par de nietos, que se quedaron con nosotros. Luego, la vejez llegó con sus achaques y me salí; pero yo sí le agradezco a mi padre por enseñarme lo que me serviría para tener mi casita y mi familia. Y, ahora, mis hijos también trabajan allá; bueno, unos; otros se fueron al pueblo o a otras fincas, a dedicarse al cultivo. —Generación a generación, se dejan sabias enseñanzas, que serán el soporte de las demás vidas; las vivencias, los trabajos y hasta los regañones servirán para formar personas.

El lugar donde se desarrolla la vida dará las oportunidades para crecer; algunas poblaciones pequeñas deberán acomodarse a los pocos trabajos que hay; aun así, se forman hogares, familias, que viven, que crecen y que disfrutan lo poco o mucho que la vida les ofrece.

FUEGO DE-MENTE

Todos hablaban del gran evento que se daría por primera vez en Sandoná: se proyectaría una película por el centenario en honor a Francisco de Paula Santander; la película llamó a toda la comunidad, pues eso nunca se había visto en el pueblo; la gente acudió masivamente; cada uno llevaba consigo la silla, para no perderse el espectáculo; la película era “Blanca nieves y los siete enanitos”. Todos estarían ahí: los hijos del alcalde, el Personero municipal y muchas personas del pueblo.

La película inició sin ningún problema; la gente estaba toda dentro del improvisado teatro, en la casona municipal; las puertas se habían cerrado, pues el espacio disponible lo habían ocupado en su totalidad. Las ansias de algo nuevo, algo que jamás habían visto juega con las mentes de los espectadores: los que no cabían de la dicha por el espectáculo, la multitud de pie, los del segundo piso, al borde del balcón, todo con tal de tener la mejor visual.

Todos en completo silencio, expectantes ante el emotivo encuentro con el arte; en el telón se vislumbran las primeras imágenes en blanco y negro, los sonidos son fuertes y ruidosos; todos admiran lo grandioso de la película; sus imágenes, lo grande del telón, sorprenden a la multitud; de repente, se oye, impetuosa e irreverente, una voz que irrumpe, corta la escena con un grito de pavor:

—¡Fuego!, ¡fuego! —La gente gira su cabeza hacia la caseta del proyector, de donde se ve salir el humo. Los últimos más cerca de la puerta, toman sus sillas y corren hacia el portón grande de madera, pero por más que lo empujan no se abre; la presión de la gente hace que se atasque; la multitud entra en pánico, los del segundo piso bajan las gradas afanosamente; otros, en medio del desespero, se lanzan al patio de dentro de la casa; los gritos irrumpen en la sala, nadie entiende qué pasa, pero el temor de morir quemados desata en ellos un desespero incontrolable; afuera se empiezan a oír gritos desgarradores, para que la gente que recorre las calles entrase en pánico.

Junto a la casona, el puesto de salubridad, desde donde los enfermos escuchan los gritos e intentan salir de ahí, por miedo a que el fuego se extendiera; muchos huyen del lugar, las campanas de la capilla resuenan en todos los rincones del pueblo, una y otra vez alertan sobre la catástrofe; voluntarios llegan al lugar con hachas, palos y varillas, para intentar abrir el portón; adentro los hombres más fuertes pasan pisoteando a las mujeres, los niños quedan debajo de los adultos, se tropiezan, se golpean, se asfixian unos con otros. El balcón que da a la calle se abre y las personas se empiezan a lanzar desde lo alto, sus cabezas se golpean contra el adoquín. Las mujeres gritan y lloran.

El párroco Ángel María se arrodilla frente al templo y lanza plegarias al cielo, pidiendo que la lluvia apagase el incendio; por la fe de muchos, las circunstancias del viento o “porque Dios así lo quiso”, se formaron unas nubes espesas y oscuras en la cima de Sandoná y un torrencial aguacero se produce; el portón, por fin, lo abrieron, destruido; salen unas cuantas personas corriendo; la gente se desespera al ver la cantidad de cuerpos acumulados junto al

portón; algunas personas entran en el lugar, como don Pedro Erazo, que va en busca de uno de sus familiares; la lluvia cada vez más fuerte arrastra los cuerpos que están fuera de la casona; el aguacero camufla los llantos y los gritos de desespero.

Los muertos aumentan con el pasar de las horas; al terminar la noche eran más de cien; al considerar que la población no era mayor a los doce mil habitantes, se podría casi asegurar que cada una de las familias sandoneñas tuvo al menos un familiar muerto. Los acontecimientos fueron de gran magnitud, no solo en el pueblo, sino también en el país; incluso en el exterior se supo sobre la catástrofe; hasta en el Vaticano se elevaron oraciones a nombre de los pobladores sandoneños.

—¿Y el fuego?... —Nunca el fuego salió de la cabina de proyección; el desespero de la gente lo ocasionó todo; nadie, de los 137, murió por quemaduras en alguna parte de su cuerpo; los motivos los causó la consternación producida ante el pánico y el descontrol; la confusión despertó a la naturaleza misma y su instinto de supervivencia desató la muerte en medio del caos.

Después de este desdichado momento, las rarezas del infortunio se abrieron paso, pues los moradores del pueblo fueron conociendo una cantidad de circunstancias que complicaron y fueron cómplices de ese fatídico día; uno de los casos, que muchos recordaran, fue el de los cientos de sombreros encontrados en el lugar, o el caso de don Pedro Erazo, quien entró en el lugar para ayudar a sacar muertos y lo encontraron horas después muerto, junto a los demás. Otro es el momento en el que las plegarias del párroco y su inmediata respuesta llevó a que muchos de los creyentes lo consideraran un santo, por haber provocado la lluvia; otros tantos dicen que la lluvia ahogó a los que aún estaban vivos y solo estaban desmayados en medio de la plaza, que se inundaba.

Muchas historias se conocen, muchas palabras que intentan explicar lo que sucedió, pero nadie tiene certeza sobre lo que pasó, ni cómo se hubiera podido evitar.

ACOMPAÑANTE DEL RÍO

Doña Piedad tenía su tercer hijo; después de 13 horas de dolor, su primera hija nació, una mujercita muy bella, esperada por todos, pues ya los dos primeros habían sido varones y la familia llamaba a gritos a una pequeña; todos estaban encantados con la pequeña, sus ojos grandes inquietaban al mirar; la pequeña creció en medio de mucho amor y mimo por parte de sus padres y hermanos y, con el paso del tiempo, se veía más linda la chiquillita: su cabello largo, oscuro y rizado; sus ojos miel, como los de su padre, sus pestañas largas; unos labios rojos, llenos de vida. La niña cumplía seis años y, para celebrar, su madre le compró un lindo vestido amarillo, con el que la niña jugaba a ser la princesa del lugar.

Mercedes, que así se llamaba la niña, jugaba entre los arbustos detrás de su casa, recorría los matorrales y conquistaba todo a su paso; no muy lejos quedaba el río, lo que hacía todo más fácil para la familia, pues podían lavar la ropa, traer el agua para la comida y tomar toda el agua que necesitaran; además, era el lugar perfecto de juegos para los tres niños.

Un día, en el que Miche vestía su vestidito amarillo, se dirigió al río para jugar entre las rocas, que le servían de castillo a la pequeña soñadora; ahí conoció a un niño, que también llegó al río; vestía de gala y tenía un gran aspecto: sus ojos claros, su piel muy blanca, sus zapatos de charol relucían.



Figura 13. Juguetando en el río.

La niña jugó unos minutos con el pequeño; días después, lo volvió a encontrar, ríe mucho y demora en volver a casa, por lo que su mamá le preguntó dónde había pasado toda la tarde y ella le contó sobre su nuevo amigo, pero ella no reconoció esas características en ninguno de los hijos de las vecinas, por lo que recomendó a su pequeña que no fuera sola al río y no hablara con extraños; también, le dijo que lo mejor sería conocer al niño que jugaba con ella y decidió acompañarla al río, pero nunca lo encuentra, de modo que empezó a pensar que solo era una ilusión, una imaginación fantástica de su hija, pero la niña insistía en que era real.

Un domingo, en el que todos se irían a misa, la niña se perdió; nadie sabía dónde estaba y el desespero empezó a fatigar a doña Piedad, que buscó en cada rincón de la casa; luego, acudió a sus vecinos, para preguntar por su niña, y uno de ellos le dijo que la había visto cerca al río, de modo que todos en la familia salieron hacia allá y la encontraron dormida a la orilla, llenos de bellas trenzas sus cabellos, y suspiraba, en un profundo sueño.

Doña Piedad se sorprendió al verle el cabello, pues ella, que siempre la peinaba, nunca le había hecho algo como eso; Don Silvio, que era el padre, la cargó y la llevó en brazos hasta la casa, donde la niña despertó, después de un par de horas y todos no hacían más que preguntarle quién le había tejido las trenzas, con quién había estado en el río.

Ella solo les repitió que su amigo era quien la había peinado, pero nadie conocía al niño; al día siguiente, Miche regresó al río y pasó ahí unos minutos; Piedad salió en su busca tan pronto se percató de su ausencia; la niña llegó a casa, sonrío y canta; Don Silvio le preguntó cuál era la causa de su felicidad, por lo que la niña le respondió que su amiguito le había dado un obsequio; él, admirado, le dijo que le mostrase el regalo; la niña le tendió su pequeña mano y le dijo:

—Mira, papi, son unos dulces de chocolate. —Él le pegó en la mano y la llevó corriendo a la poceta para lavarla bien; la niña no entendía por qué se la había lavado y le había botado sus dulces.

Don Silvio fue a la cocina a ver a su esposa y le contó lo sucedido:

—La Michita me dijo que su amigo del río le había regalado dulce y, al mirar su mano, era pura mierda de vaca. Ahora, ¿qué hacemos? —La madre ya sospechaba que los rasgos de la belleza de ese niño no podían ser de este mundo, esas eran cosas que por esos lados se veían mucho, por lo que le pidió a su esposo que, junto a sus hijos mayores, rodearan la casa, para evitar que la niña se saliera y así impedirle que se fuera al río, puesto que los “regalos eran cada vez más seguidos”, pero, al pasar tres días, la niña se enfermó, tenía fiebre alta, escalofríos y, en medio de sus delirios, solo pedía volver al río.

A la mañana siguiente, la niña despertó de mejor ánimo, pero fuera de su casa las cosas no pintaban bien, pues se encontraba la casa bañada en estiércol, por lo que los vecinos comenzaron a decir que eso era el duende, que se había enamorado de Michita.

Don Silvio buscó ayuda en la parroquia, por lo que el padre del pueblo la visitó, pero todo parecía en vano, pues la niña enfermó cada vez más y mejoraba si la acercaban al río; los padres, desesperados por su pequeña, intentaron algo drástico, al buscar irse a vivir a una casa que quedaba lejos del río.

Al mudarse, la pequeña pareció estar mejor, pero, pocos días después, le comentó a su madre que su amigo del río la había venido a visitar y le había dicho que debía irse con él. Al contestarle que no, que no podía, porque sus papas se enojarían, él se había enfurecido, había gritado y pataleado.

La madre no sabía a qué santo encomendarle la tarea de que cuidara a su hija, pues no había poder humano que la salvase. Todo empeoró y los días eran cada vez más cortos para Miche, pues había perdido su voz, perdido el sentido, ya no comía; solo dormía, acompañada siempre por uno de sus hermanos, que vigilaban su sueño, pero nada funcionaba.

La niña cayó en el profundo sueño de la muerte, sin culpables, sin remedios. Solo, al final, se oyó una risa macabra, que afirmaba que había sido el duende quien, como castigo porque le habían arrebatado a su bella, ahora se les reía con su muerte.

CAMINOS DE CAÑA

Tras varias puertas, y con el sol de frente en el rostro, aparece un señor de unos 65 años, tal vez mayor, que saluda firme, mientras azota la mano de un solo jalón; habla fuerte, mira fijamente a los ojos y empieza por decir:

—Tiene que tener en cuenta que no solo yo me beneficio de la caña, pues son más de setenta familias que se alimentan de un solo trapiche. —Él es dueño de un trapiche y, por ello, los reproches de los pobladores lo tienen prevenido sobre el tema, pues se sabe bien que, por un trabajo tan pesado, el dinero que ganan los obreros no es el suficiente.

La caña es un fruto mágico, dulce, puro, y tras de él se encuentran cientos de historias que acompañan su transformación en panela; el anciano recalca que no hay cosa más hermosa que los verdes paisajes de la caña, su ondear con el viento veranero, su sonido de frescura y su dulce sabor, de una tierra que, además de ser su legado familiar, pues ya con él son seis generaciones dedicadas al cultivo, es su vida entera.

—La caña me ha dado todo lo que tengo, me ha formado desde que era solo un niño; me ha dejado grandes alegrías, pero también grandes tristezas; todo lo que he vivido se ha desarrollado en torno a la producción de panela y cultivo de caña; se preguntaran: ¿qué tristeza puede dar algo que es vida, que es dulce y que, además, da trabajo a tanta gente? Pues, bien, este es un trabajo en el que cada persona cumple una función específica para que todo tenga un sentido y un ciclo completo: por un lado, en cuanto a la siembra, primero está la quema después de la última cosecha para lograr que las tierras sean fértiles, pero estas tierras empinadas dejan que el fuego se absorba y crezca.

Fuerza de fuego que rodea la montaña,
Se extiende, escapa, y viaja,
Es su abrigo una danza libre y chispeante.
Envuelves a los verdes campos
Y cambias para crear.
Fuego de viento, acompañante de la tierra,
Revelas en tu imagen la poética del renacer.

—El fuego ha acabado con vidas, ha causado quemaduras irreparables en los que intentan aplacarlo cuando se sale de control; domar el fuego inacabable, que se deja llevar por las hojas secas del verano, se convierte en un desafío a muerte, una lucha contra el viento que favorece su crecer, pero es tan importante para la nueva caña, que es indispensable hacerlo.

También está el corte de la caña, para el que veinte hombres afilan sus machetes durante largas horas, para que el esfuerzo sea menor al pasar su hoja filuda por los cañaduzales; ellos cortan con mucha agilidad hectáreas de caña, a ritmo casi coreográfico: empuñan,

levantan, cortan y lanzan; ellos lo hacen desde que el sol se perfila en la montaña hasta que el cansancio de la oscuridad los anima a soltar su herramienta, pero el trabajo no tiene nada de sencillo, pues las jornadas son largas, el sol fuerte y las lesiones de aquellos que, por ser nuevos e inexpertos, se cortan, y otros que, ya viejos en el oficio, se cortan por confiados; no se puede fiar del filo de un machete; con esto, podemos darnos cuenta que es fácil ver a hombres que con su mismo machete afilado han desmembrado su propio cuerpo y, otras veces, el ajeno..., como en el caso de don Saúl, que se dejó cegar por el sol de las tres de la tarde, por su ira desosegada, por su cansancio y repudio y, un día, dejó que su machete cortara el cuello de su compañero; don Rodrigo, ese fue uno de los días más tristes del trapiche, pues todos caminaban más despacio, las mujeres lloraban sobre los empaques, ¡qué tristeza al saber que uno de tus grandes amigos perdió el control, con tal mala suerte que su herramienta de trabajo le serviría de arma para cometer tan horrible pecado!



Figura 14. Camino de herraduras.

¿Por qué pasó?, todo son especulaciones, pues ellos eran bien amigos, pero las circunstancias acompañaron esa trágica escena; unos dicen que todo surgió por una pelea de faldas; otros, que porque don Rodrigo recargaba su trabajo en don Saúl y él le reprochó eso, ante lo que don Saúl le respondió muy grosero y así se desató la pelea, aunque eso no es de extrañarse, pues ese tipo de lenguaje vulgar es común en la montaña; el hecho de que solo hayan hombres y todos ellos estén llenos de presión y cansancio...; además, teniendo en cuenta que la mayoría de los trabajadores no saben otro oficio que no sea el del cultivo, cosecha o fabricación del dulce, pasan su vida entera metidos entre los cañaduzales, con las mismas personas, con las que se comparte como hermanos y, como en toda relación de hermanos, nacen peleas, conflictos, como en toda familia.

El trabajo es duro, pero muy gratificante, pues son muchos los riesgos, pero también muchas las alegrías, las risas, los recuerdos y las familias que han nacido en torno a la panela, dulce mágico, que todo un municipio adoptó como fuente de trabajo, como parte de su vida. —¡Tierra dulce, de manos fuertes y verdes montañas, de hombres trabajadores..., fértil, generosa, que das de beber a todo aquel que tiene sed de ti, que vive de ti, y muere en tus prados!

ÁNIMAS

Hoy, como todos los años, la ceremonia los espera, la procesión será hoy, no muchos acompañan, no todos conocen la tradición, pero los que saben y la practican no podrán dejar de hacerlo; no importa que la noche sea fría, que el crepúsculo abrace sus corazones, que la luz tarde en llegar, que los árboles en los caminos se empujen sobre ellos con fuertes vientos para retrasar su caminar.

Hoy los pobladores de la vereda saben lo que deben hacer, las abuelas bendicen sus casas, sus niños, sus puertas y ventanas, apagan las luces antes de las diez de la noche y cuentan historias para que sus niños duerman temprano; al caserío, a medianoche, lo cubre totalmente un manto oscuro, la penumbra se hace ausencia; ellos se preparan, con rosarios, velas, fósforos, aguardiente y cigarrillos, pues la noche será larga y necesitan el valor que da el “trago”, para aguantar lo pesado de la noche, y los cigarrillos, para calmar la ansiedad que da el tiempo.

Ellos son cinco, dos de ellos hermanos, de apellido Rojas; por tradición de su familia, se ven obligados a continuar con tan extraño rito; tres son jóvenes del pueblo que, por curiosidad, decidieron buscar a los Rojas para que los incluyan en la ceremonia; no saben lo que la noche traerá, solo saben que la procesión se realiza en honor a las ánimas de los difuntos; uno de los hermanos, don Pedro, se apropia de la palabra y empieza por decir:

—Primero, sóplense de unos a otros aguardiente; tomen un poco, para apaciguar los miedos; hay que esperar a que la gente de la vereda apague todas las luces; desde acá podemos ver cuándo sea el momento de salir; quiero advertirles, Ángel, Miguel y Jairo, que, una vez iniciemos, no podemos salirnos de la procesión; no quiero meterles miedos antes de empezar, pero deben tener en cuenta estas reglas: no deben mirar para atrás por ningún motivo y, escuchen lo que escuchen, no dejen de rezar; también, lleven sus fósforos a mano, pues las velas se apagan y no deben dejarlas así por mucho tiempo; recuerden, también, que todos debemos ir juntos, no adelantarse, y no dejar que los demás se alejen; por último, recuerden que, así como salimos juntos de aquí, debemos regresar juntos; creo que si salimos ya, estaremos aquí poco antes de que salga el sol. —Es ya medianoche y se disponen a entrar al lugar de llantos y olvidos, de recuerdos y nostalgias.

Inexplicables son los sentimientos que los acompañan; don Luis Rojas comienza por persignarse, agacha su cabeza y empieza a rezar el rosario; entran al cementerio de la vereda, hacen un recorrido por todos los pasillos del lugar; Pedro recuerda las palabras de su abuelo Teófilo:

—*No olvides que las ánimas acompañarán tu recorrido; sácalas del cementerio y al mismo lugar regrésalas.* —Los rezos retumban, pesados, en los oídos de Ángel y de Miguel; Jairo está más tranquilo, pues los cementerios no le causaban temor. La noche transcurre lenta; después de unos minutos, salen de allí con dirección al caserío; para llegar, deben pasar por algunos caminos, pues la vía aún no la han terminado; con el pasar de los minutos, el

ambiente se torna pesado para todos, las velas se apagan una seguida de la otra, se escucha la noche, el viento que atraviesa las hojas de los árboles; los silencios entre cada oración se hacen eternos y las personas de atrás comienzan a oírse; el primero en oírlos es Jairo, quien, para alertar a los demás, dice que algo no está bien, que las voces se oyen lejos, que tal vez alguien los sigue, ante lo que don Pedro le aclara que son las ánimas que siguen la procesión; que, desde ese momento, recordara no mirar para atrás.

El sudor, se apodera de sus cuerpos, los escalofríos aparecen, los cigarrillos se consumen solos con el resoplar de sus palabras, que repiten una y otra vez:



Figura 15. Espíritus.

Por las ánimas benditas
Te venimos a rogar
Que Dios las saque de pena
A la gloria a descansar.

Los caminos se hacen pequeños, las manos se convierten en cadenas que arrastran sufrimientos, los quejidos y gritos están presentes en todo momento y la fuerza que atrae desde atrás llama; ata sus piernas e impide su paso y la multitud es cada vez mayor; la intriga de regresar a ver lo que canta como si fuera cientos, los consume, pero las advertencias de don Luis los atemorizan y la angustia por terminar el rito es permanente.

Una pausa en el camino les da el respiro que les permite continuar; al pasar por el caserío, las pocas luces de velas que se ven en los ventanales se apagan afanosamente; ellos continúan su camino; en este momento, el cansancio de sus piernas es doloroso y sus corazones están fatigados por el aire pesado de la noche.

Miguel se detiene y dice que ya no puede más jalar cadenas; aun cuando saben que no son reales, su peso les dificulta su paso; pasa un par de horas más; en el camino, a lo lejos, en la pendiente, se asoma el cementerio, de donde partieron; sus pasos se apresuran, pero la distancia no se acorta; lentos, con la cabeza enorme de pensamientos, llegan al lugar, despiden a las ánimas y les piden que descansen en paz.

Los hermanos recitan unas oraciones desconocidas para los jóvenes y salen a la plaza de la vereda para esperar el amanecer; el “trago” se ha terminado, los cigarrillos igual y el silencio de respeto no les permite que hablen de lo sucedido. Solo esperan que la mañana llegue y, con ella, se despiden don Pedro y don Luis, mientras les dicen que los esperan el próximo año, el 2 de noviembre, con una gran sonrisa en la cara, pues saben que nunca nadie va dos veces a la procesión de las ánimas.

CONCLUSIONES

La tradición es un movimiento dinámico; por tanto, se va modificando; allí se expresan las formas de acción, pierden y ganan elementos que, a su vez, diferencian identidades, prácticas comunes y saberes; así, la oralidad representa dicha tradición como elemento de fundamental importancia, ya que en ella radica todo su saber y afianza los rasgos característicos de una comunidad en particular; a su vez, propone desde su accionar la recreación de la cultura y desde su expresividad genera cambios que contribuyen al desenvolvimiento natural del tejido comunitario.

La palabra es vida; en la cotidianidad no solo se expresa en sentido de comunicación, sino, además, en profundidad del pensamiento; de esta manera, se representan los imaginarios sociales que, en forma colectiva, fluyen para crear modos de vivir y de explayarse comunitariamente. La memoria de las comunidades prevalece debido a la narración, puesto que se difunden en ella los saberes y la vida misma; la memoria se recrea y posibilita la comprensión de las particularidades que se manifiestan desde lo simbólico y expresivo de la palabra oral dentro de un territorio.

A grandes rasgos, se puede identificar que la oralidad es, más que una práctica, un distintivo de los seres humanos, que los une e integra; las palabras orales son acontecimientos, hechos de experiencia radicados en las memorias psicodinámicas, como señala Goyes. La oralidad siempre genera un proceso de significación, con el cual cierto grupo social se identifica y, por tanto, establece sus prácticas

La propuesta que se enmarca desde esta investigación consiste en llevar a la narración oral a transformarse en palabra escrita, sin quitarle la importancia de lo oral, y la riqueza que contiene, ni la hondura que desde el verbo se enuncia, pues lo que implica la palabra oral contiene elementos de gran valor y significado, como los gestos, el sentir, la corporalidad, el espacio y los tiempos; estos dos últimos no son independientes de la acción del narrador, sino la acompañan para instaurar una originalidad y complemento del acontecer.

El universo de la tradición oral es extremadamente amplio y heterogéneo; por lo tanto, es menester conocerlo a profundidad y resguardar, a la vez, todo tipo de expresiones y particularidades, al entender que desde ahí surge la memoria colectiva y, en sentido práctico, se deben repensar sus significaciones, para que los discursos que emergen de este acontecer no quedasen en tiempo extático o, peor aún, desaparecieran; por ello, el papel trascendental que tiene la escritura al respecto, pues su empeño apunta a conservar la tradición oral, para permitir que las letras estructuren ese saber.

La narración permite activar el lado imaginativo en el ser, puesto que articula un sentir desde las percepciones y sensaciones humanas, en acciones que conllevan las interrelaciones como hechos y acontecimientos que parten del propósito de nutrir la

memoria. Las personas que están muy habituadas a la letra escrita se olvidan de pensar en las palabras como primeramente orales, como sucesos, como animadas necesariamente por un poder, ha señalado Ong.

La oralidad desemboca en una forma estética especial, que continuamente se reinventa; en las comunidades, es maravilloso percibir este movimiento; es como un proceso donde la memoria no para de contar, se articula a la palabra y, entonces, alcanza una realidad donde se reinventan los significados, junto al gesto, la expresión facial o corporal, las modulaciones, en fin todo lo que se compromete en el contexto de esa palabra hablada; a partir de ello, se cree que la creatividad se liga a este movimiento.

Se pretende en esta investigación resaltar la acción oral y, sin quitarle, su importancia, animar el texto escrito desde su pulsión, para mostrar que la palabra articulada, entregada y oída contiene signos vitales; por ello la importancia de integrarse en comunidades donde primeramente se dona la palabra y con ella un aprendizaje. La escritura está en función de que prevaleciera la riqueza de la palabra oral y, con este propósito, aportar a la vida de la academia los saberes que aportan las tradiciones y las voces milenarias.

Por tanto, en este trabajo investigativo se reúnen algunas de las voces que narran, aquellas que son, desde la palabra, un conjunto de sentidos, de expresiones y aprendizajes que refieren asuntos de la vida misma; se piensa en adentrarse a las comunidades para abrir diálogos y miradas que fueran más allá de la superficie, proceso en el que se compromete la sensibilidad y, por ende, todos los sentidos, para permitir la cercanía y relación con el otro, los otros y la comunidad.

En este andar junto a la oralidad, se reflexiona en torno a varios puntos: primero, en que a veces se desconocen expresiones narrativas de vida comunitarias tradicionales y culturales que, en ocasiones, pasan desapercibidas, por lo que se relegan a un segundo plano o incluso se olvidan; esas narraciones son de gran importancia para aprender mucho en torno a las prácticas culturales, a las expresiones del ser.

Otro punto de este proceso radica en exaltar la dinámica narrativa que se teje en las comunidades en el día a día y, por supuesto, resaltar la importancia de este tejido como potencial impacto hacia la educación, al abordar a algunos autores que ayudan a entender mayormente la importancia de la oralidad, tanto en el campo filosófico, en el literario como en el sentido práctico, que parten de la oralidad en su aprendizaje y la difusión del saber que incluyen.

Desde un sentido emotivo, se ha inaugurado un acercamiento que, más que entenderse como un primer plan dentro del proceso, ha consistido más bien en un movimiento desde la apertura, para tornarse poco a poco sensible con cada encuentro, que ha contribuido a cambiar la visión y el mismo sentir, al adentrarse en las comunidades y compartir algunas de las cosas que ellas brindan, lo que ha llegado a ser parte de un gozo personal, al andar caminos junto a la palabra e ir comprendiendo que el espacio y el tiempo se tejen por la memoria que, en estos territorios, no es partícipe del olvido cuando esa memoria hace mella

en lo que se aprecia y se ha vivido, en comunidades a las que siempre se desea regresar, porque, de alguna manera, ya se hace parte de ellas.

La oralidad se arraiga en el quehacer diario; el acercamiento y la relación con las personas de las comunidades ha dado lugar a la aparición de relatos que, al escucharse han permitido la creación escrita. En los relatos, se evidenciaron algunas de las tradiciones compartidas con la comunidad, en los que se validan algunos elementos de la cultura y lo que ella abarca: religión, trabajo, economía, que muestran su gran riqueza, sobre la que hay mucho por darse a explorar, importante cuando se identifican aspectos tales como la presencia de categorías que aluden a tiempos y espacios diferentes, a los personajes que el recuerdo involucra, la relación con el entorno y los lenguajes particulares, como también las características lingüísticas que relucían en las conversaciones.

Un mundo que no se desprende de sus raíces, sus expresiones como símbolo de identidad cultural, a través de la investigación se amplían a la funcionalidad y el significado de la oralidad, junto con los elementos que difunden un interés por salvaguardar la riqueza que ella lega, con elementos que también permiten conocer las costumbres, la visión del mundo de las gentes que, de una forma particular, llevan a comprender la relación de los moradores con el entorno, la tierra y los seres de toda la comunidad.

En los relatos se han conocido experiencias personales que se refieren a hechos de la comunidad que, aunque se narran de forma particular, siempre comprometen a las gentes que viven en el territorio, puesto que todo expresa y exalta el compartir; por medio de la narración, se muestra cómo el vivir cotidiano tiene gran importancia para las comunidades, desde su ser-estar, desde sus oficios y ocupaciones, desde sus pensamientos. Además, resulta importante recalcar que, en estos procesos, se revitaliza la mirada personal de quienes se acercan para entrar en contacto con la palabra y para acercarse a esa relación natural, social y simbólica que se descubre desde estos escenarios; el contacto con el exterior e interior de la comunidad es la clave para observar y entender modos otros de pensar, como también para ir identificando algunos de los cambios dinámicos que se dan en todos los aspectos en estos territorios de Sandoná y Mocondino.

En definitiva, la oralidad de estas dos comunidades es un caudal de memoria viviente que circula en sus representaciones y en actos del diario vivir que, de modo enérgico, trascienden en un plano cultural, en relatos que se fundan en historias y acontecimientos que llevan a entender y a sentir el andar de los caminos trashumantes.

La oralidad como un escenario educativo, que en esta investigación se resalta desde un primer momento, constituye un espacio en el que se abre la conversación, la relación y una convivencia, en las que se capta la importancia de lo que estas comunidades contienen y brindan al plano social y cultural, entornos que se compartieron para escuchar los relatos y cultivar en forma inmediata los afectos y efectos que implica esta acción, que no se limita a una objetividad, que muchas veces se muestra en el normal proceso educativo; se trata más bien de esa educación a veces invisible, que afecta y, también, resulta perdurable e invaluable.

La educación que se genera desde esas narrativas, como acto da paso al descubrimiento de facetas educativas, más allá de hablar de escuela e introducción, porque, de esta manera, se va hacia nuevas prácticas educativas que, también, permiten conocer y, desde nuevas experiencias, explorar otras propuestas de la educación, en las que, además, se profundiza.

Otra reflexión, que parte de este encuentro con la palabra, lleva a estimar que todo acto de creación, a partir de la escucha y la aproximación a la comunidad, implica un acto político, porque los efectos consecuentes se implican en aquello que parte de la voz como un acto totalmente creativo.

A lo largo de la investigación, se descubren, debido a los relatos, diversos aspectos del ser, como el modo de vivir y, a la vez, una concepción de mundo, la conexión con la naturaleza y la hondura que cada ser humano tiene como lo más entrañable de la existencia; se captan algunos márgenes del pensamiento de la comunidad tanto de Sandoná como de Mocondino, su calidez y su frío impetuoso.

Reconstruir, vivir lo ya vivido, caminar por las mismas calles, descubrir ante el oyente la vida misma; las memorias no solo son individuales, pues también son colectivas, ya que se sumergen en grupos familiares, sociales y culturales; las memorias de un pueblo se entrelazan para dar paso a los relatos, para revivir las palabras muertas en el tiempo. Este encuentro con la palabra sumerge el pensamiento en el pasado, para hacerlo parte de su historia; se constituye una experiencia de aprendizaje, donde los saberes dejan de estar en el olvido para enajenarse en el otro, recuperar raíces, restaurar memorias.

Definir positivamente el relato es acreditar, quizá peligrosamente, la idea o la sensación de que el relato “fluye espontáneamente”, que no hay nada más natural que contar una historia, combinar un conjunto de acciones en un mito, un cuento, una epopeya, una novela.⁸

Al hablar se desarrollan historias; la importancia de escribir lo que se ha contado tiene su fundamento en el olvido, pues en este queda todo aquello que no se recupera mediante la palabra, esta última como herramienta del conocimiento; el enlace entre lo narrado y lo escrito es un complejo compendio, pues aquí se lleva a cabo aquello que perdurará en el tiempo; el relato como aquello real-fantástico, que se prolongará en su mismo existir en la palabra escrita.

Por otra parte, la importancia del narrador debe asumirse como un aporte intencional y continuo, donde la finalidad se sume en la intriga, o en el mensaje que dejase como final. Cada que el narrador describe un instante del suceso, para introducir al oyente en su historia, se acompaña de un tiempo, de una época o un periodo en particular, algo que lo diferenciase de los demás tiempos, algo que sirviera de canal para hundirse en su memoria.

No siempre se va a acompañar del narrador como personaje principal, pues lo mágico de la narración es que se pueden vivir de cerca aquellos momentos que le sucedieron a amigos de

⁸ María Dolores Nieto. Estructura y función de los relatos medievales. Recuperado de: <https://books.google.com.co/books?id=icm5IiXCwyMC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>

abuelos, a parientes muy lejanos, tanto como a desconocidos totalmente, y relatar con la misma magia de atraer y cautivar los sentidos del que escucha, pues aquella persona que describe y narra ofrece cada detalle para revivir ese momento que desea referirse, al recuperar, leyendas, tradiciones, recuerdos de infancia y muchas más historias. Este relato se acompaña de la voz del narrador, quien es aquel que proporciona los instrumentos para conocer cada detalle, ya fuese real o fantástico, con el que pretende convencer que aquello sucedió, dar los pormenores que mejor recuerde para sustentar el evento que quiere detallar.

Por ello, en este trabajo se ha enfatizado en *el registro de relatos* por medio de la *escritura*. Dicho registro tiene lugar mediante una investigación de campo, realizada en las comunidades de Sandoná y Mocondino, para lograr reunir una serie de saberes guardados en la memoria de algunos de sus pobladores; mediante un trabajo de compromisos, compartir de la palabra, con el morador que ofrece una entrada a su casa y que, con el pasar de los días, descubre la confianza suficiente para revelar sus historias, sus anécdotas más personales y sensibles.

Por otro lado, está la escritura, donde se da paso a la reunión, a la materialización de vidas contadas en palabras; la escritura va a permitir la perduración en el tiempo de aquello que se ha narrado, pues debe cumplirse un ciclo de culminación de la palabra en escritura para lograr que cumpliera una misión educativa y de saber en aquel que deseara conocerla; con ello se acercan los conocimientos ocultos en las culturas, en regiones llenas de una sabiduría olvidada.

La escritura como aquello tan común en la palabra, pero tan eficaz en la función de enseñar, pues aunque la oralidad es fundamento de enseñanza, puesto que, como en la antigüedad, donde los cánticos y las historias se difundían mediante ella, y proporcionaban así la enseñanza necesaria, en este trabajo la intención cumple con la necesidad de trascender en el papel, pues aunque la oralidad es el canal del que se ha servido el investigador para encontrar la palabra y el saber, también es preciso complementar este proceso con una escritura de algunos aspectos que la palabra ha dejado conocer. La recopilación de las memorias, tanto singulares como colectivas, arroja conocimientos, experiencias de vida y, sobre todo, enseñanzas.

La escritura, como medio de transformación, permite el crear, originar en la palabra escrita aquello que se necesita plasmar y tomar de allí lo necesario para que fuese, en algún momento, un apoyo pedagógico.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado Morales, Deisy. *Voces y rastros de un pueblo*. [Pasto: Universidad de Nariño, 2010. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras). Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/Searh.aspx>

Barthes, Roland *et al.* *Análisis estructural del relato*. [Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1966]. Recuperado de: <https://clea.edu.mx/biblioteca/Barthes%20Roland%20-%20Anlisis%20Estructural%20Del%20Relato.pdf>

Basante Muñoz, Ana Ritha y Ruiz Ruiz, Oswaldo Ernesto. *Por los caminos de Chacapamba*. Pasto: Universidad de Nariño, 1999. (Trabajo de Investigación, Maestría en Etnoliteratura).

Baudelaire, Charles. La invitación al viaje. Recuperado de: <http://ciudadseva.com/texto/la-invitecion-al-viaje/>

Cixous, Hélène. *La risa de la medusa*. Barcelona: Anthropos, 1995.

Crespo, José Manuel. *Ulises, hombre solo*. Bogotá: Exilio, 2015.

Cuero Ortiz, Nelly Zoraida. *Relatos y tradiciones populares del municipio de La Tola, Nariño*. Pasto: Universidad de Nariño, 2007. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras).

Decálogo para escribir relatos. Recuperado de: <http://www.mundopalabras.es/blog/decalogo-para-escribir-relatos-2/>

Derrida, Jacques. *La voz y el fenómeno*. Valencia: Pre-textos, 1985.

Didi-Huberman, Georges. Estrella de los tiempos. Recuperado de: <http://www.pieflamenco.com/wp-content/uploads/2004/10/Texto-original-Georges-Didi-Huberman.pdf>

Dubost, Beatriz. El trabajo de campo. Recuperado de: <http://segmento.itam.mx/Administrador/Uploader/material/TRABAJO%20DE%20CAMPO.PDF>

Goyes, Julio César. *La imaginación poética*. Ibagué: Caza de Libros, 2012.

Guirao, Ignacio. Diálogo con Jorge Luis Borges acerca de la escritura. Recuperado de: <http://www.paremai.org/textos/tx/t51.pdf>

Heidegger, Martin. La palabra. La significación de las palabras. Recuperado de: <http://adamar.org/ivepoca/node/1154>

Jiménez Lozano, José y Galparsoro, Gurutze. *Una estancia holandesa. Conversación*. Barcelona, Anthropos, 1998.

Lévinas, Emmanuel. *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 2006.

López de Prado, Rosario. El método de investigación bibliográfica. Recuperado de: <http://www.oocities.org/zaguan2000/metodo.html>

Mamián Guzmán, Dúmer *et al.* *Memorias en movimiento. Tejiendo pensamiento y vida desde los entornos culturales de San Juan de Pasto*. [Pasto: Universidad de Nariño/Iadap, 2011]. Recuperado de: <http://iadap.udenar.edu.co/wp-content/uploads/2013/05/LIBROmemorias.pdf>

Navarro, Jesús. *Cómo hacer filosofía con palabras. A propósito del desencuentro entre Searle y Derrida*. Madrid: Fondo de cultura económica, 2010.

Nieto, María Dolores. Estructura y función de los relatos medievales. Tomado de <https://books.google.com.co/books?id=icm5liXCwyMC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>

Ong, Walter. *Oralidad y escritura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Palacios Arcos, Eliana Estéfany. *Relatos aurorales*. [Pasto: Universidad de Nariño, 2012. Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras]. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/Searh.aspx>

Piglia, Ricardo. Tesis sobre el cuento. Recuperado de: <http://ludolingua.blogspot.com.co/search?q=relato>

Potosí, Miryam Yomaira. *De una noche y algo más*. Pasto: Universidad de Nariño, 2001. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras).

Ricoeur, Paul. *Del texto a la acción*. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Restrepo Gómez, Bernardo. Conceptos y aplicaciones de la investigación formativa y criterios para evaluar la investigación científica en sentido estricto. Recuperado de: http://www.cna.gov.co/1741/articles-186502_doc_academico5.pdf

Revista Mopa Mopa. (21); 2012.

Ricoeur, Paul. La vida: un relato en busca de narrador. Recuperado de: <http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/ricoeur-la-vida-un-relato-en-busca-de-narrador.pdf>

Romero Erazo, Rosa y Mejía, María Aydé. *Algunos relatos populares del Corregimiento de San José de la Victoria, municipio de Ipiales*. Pasto: Universidad de Nariño, 2001. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras).

Silva Calpa, Lyda Magaly y Regalado Zambrano, Tatiana Esmeralda. *Relato popular de aquí y de allá*. Pasto: Universidad de Nariño, 2008. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras, inédito).

Trujillo, Pedro. La creación literaria. Apuntes dispersos. Recuperado de: <http://revisareplicante.com/la-creacion-literaria/>

Vargas, Alfonso. *Entre educación y literatura, ensayos nómadas*. Cali: Programa editorial, 2011.

Zamora Santacruz, Harold Edwin. *Por los caminos de Gualmatán*. Pasto: Universidad de Nariño, 2000. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras, inédito).